3 1761 07308558 1

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/santafredimida00lv

HENRIQUE ALVAREZ

(C. de la Academia Colombiana, individuo del Ateneo de Bogotá y miembro del Consejo Académico de Colombia.)

SANTAFÉ
REDIMIDA

BOGOTA

IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS

1885

LIBR
NOV 2 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
8179
A653

A LA CIUDAD DE CARACAS,

CUNA DEL LIBERTADOR,

HENRIQUE ALVAREZ.

SANTAFÉ REDIMIDA

CANTO PRIMERO.

I

CANTO la excelsa gloria del guerrero
Que de la servidumbre en que yacía
Alzó con fuerte brazo un mundo entero
Venciendo la ominosa tiranía.
Fué la alta empresa digna de su acero,
Y sangrienta y tenaz fué la porfía:
La lluvia, el hambre, el sol...todo en la tierra
Movió al intento encrudecida guerra.

II

LIBERTAD, que en los campos inmortales
De la Grecia fijaste tu áureo asiento,
Arrullada á los cantos celestiales
De los cisnes del dios del pensamiento ;
Y más tarde, de inmundas bacanales
Y del sofisma el corruptor aliento
Huyendo, fuiste á refugiarte al Lacio,
En los muros de Rómulo y de Tacio ;

III

Y que, indignada al lustre fementido
De un trono levantado en tus altares,
Tendiste el vuelo en lúgubre gemido
Y abandonaste los ausonios lares ;
Y más tarde, atraída del rüído
De la lucha inmortal, cruzaste mares,
Y, para siempre ya, fijaste tu ara
En el mundo que un genio adivinara ;

IV

Oye, sagrada LIBERTAD, mi ruego :
Dáme cantar la prodigiosa historia
De tu adalid ; enciéndeme en el fuego
Que destelló su carro de victoria.
El Orinoco, en su copioso riego,
Fecundó los laureles de su gloria,
Y el sol de *Boyacá* ciñó á su frente
Su corona de luz resplandeciente.

V

Dos lustros han corrido desde el día
Que alzó su voz el pueblo bogotano
Reclamando en insólita osadía
Los derechos del suelo americano,
Que largo tiempo holló la planta impía
Del implacable y bárbaro tirano :
Fué el despertar de un pueblo adormecido
Por centurias de oprobio consentido.

VI

Víctima Iberia de traición villana,
Gime bajo el azote de la guerra ;
Sólo atenta á la lucha cesariana,
Que hace temblar el orbe de la tierra,
Deja escapar la presa americana.
Ruge el León, y su rugido aterra,
Y anuncia que el espíritu guerrero
Retempla aún sus músculos de acero.

VII

América sus pasos ensayaba
En el oscuro, incógnito camino ;
Hoy dueña de su suerte, ayer esclava,
A tientas va, sin brújula ni tino.
Su propia candidez su tumba excava ;
El arcano la arredra del destino :
Tál el pobre aldeano se intimida
En inmensa ciudad desconocida.

VIII

En su aparente triunfo confiados,
Niños en la tarea abrumadora
De afirmar y regir pueblos lanzados
De súbito á la luz deslumbradora
De la alma Libertad, alucinados
Persiguieron fantasma tentadora
Nuestros padres, sin rumbo, sin prudencia,
Que es de los libres la suprema ciencia.

IX

La Discordia civil irguióse ufana...
¡ Oh Discordia ! bacante maldecida,
No te sacias jamás de sangre humana,
Nunca el hacha depones homicida.
Saliste del averno, Furia insana,
Al sonreír la aurora de la vida,
Y en la feliz mansión de los mortales
Emponzoñaste dichas edenales.

X

El hogar dividió Discordia impía
De la Patria común; sangre de hermanos
Vióse humear en ominoso día
Y enrojecer las fratricidas manos.
Caín miró, tembloso de alegría,
Otra vez en los míseros humanos
Cebarse el negro crimen que en la tierra
Sembró dolor, devastación y guerra.

XI

Al siniestro Morillo mandó España...
¡ Fernando, no advertiste la perfidia
Del britano, que, ardiendo en vieja saña,
Y movido de celos y de envidia,
Tal consejo te dió !...¡ Cuánto se engaña
Quien fía en el patíbulo y la insidia
A su obediencia reducir naciones,
Y á su yugo valientes corazones !

XII

Muerte y desolación lanza el ibero
Por el orbe infeliz americano ;
Tiende su red de inquebrantable acero
De ciudad en ciudad, de llano en llano.
Nunca quizás el despotismo fiero
Sentó mejor su ponderosa mano :
Ensangrienta pacíficos hogares,
Alza cadalsos y profana altares.

XIII

Mas al fin, el delito ya expiado
De la Discordia, el lúgubre lamento
Oye el Señor, benigno y apiadado:
De tanto mal, de tanto abatimiento,
Su corazón de Padre lastimado,
Quiere acabar el hondo sufrimiento ;
Y su mano levanta protectora,
Y de la redención marca la hora.

XIV

Desde su excelso trono, que domina
De los astros el palio refulgente,
Sustentado en esfera diamantina,
Y bañado en la luz indeficiente
Del Sol eterno, que jamás declina,
Mira el Señor el vasto continente
Que desde el Sur al Septentrión dilata
Sus níveas moles de luciente plata.

XV

Y escucha de las víctimas el grito,
Contempla de los huérfanos el llanto,
Y en roja sangre ve doquiera escrito
El nombre del terror, que infunde espanto.
Y dice: « Ya expiaron el delito
Que de su joven Patria rasgó el manto:
¡ Siga doquier sus pasos la Victoria !
¡ Brille en su cielo el Iris de la Gloria !»

XVI

Y al ángel llama que á Colón fué guía
En las hoscas tinieblas de Oceano,
Y encendió en Guanhaní la faz del día
Que bañó en gloria al pabellón hispano.
« Vé,» le dice, « á anunciar de parte mía
Al pujante adalid americano,
Que verá libre el suelo á cuya suerte
Su espada consagró, su brazo fuerte.»

XVII

Era una tarde de abrasado estío :
El sol las pampas vírgenes doraba
Por do se lleva el caudaloso río
Que por cien bocas en el mar acaba,
Rindiéndole su inmenso poderío ;
La luz las mansas ondas bronceaba ;
Y Natura en silencio recogía
Los resplandores últimos del día.

XVIII

Bañando con sus aguas el gran llano
De la fértil Guayana, va imponente,
Rey de los otros ríos soberano,
Orinoco, camino del Oriente.
Al botarse en las fauces de Oceano,
Lucha con él en ímpetu rugiente ;
Cien islas, en las bocas fragorosas,
En la espuma se mecen voluptuosas.

XIX

Meta y Arauca, Apure, en giro incierto,
Y Guaviare, y cien más, ríos caudales,
Majestuosos monarcas del desierto,
Le tributan humildes sus raudales.
De la ancha pampa el seno descubierto
Abrasan los ardores tropicales:
Insumisa Natura al arte humano,
Empuña allí su cetro soberano.

XX

Orillas de Orinoco reclinada,
Del desierto señora, está Angostura:
Allí la Libertad fijó morada,
Ceñida de la bélica armadura.
Como á la cumbre, en nubes embozada,
Donde su nido el águila asegura,
En vano el cazador por subir brega,
La mano allá de la opresión no llega.

XXI

Allí el *Congreso heroico* delibera,
Y echa de la República el cimiento;
Allí, á la sombra de gentil palmera,
Se madura el grandioso pensamiento
(Quizás más bien la singular quimera),
Que ha de dar nueva vida y nuevo aliento
A la Patria, sangrienta, apedazada,
Cual presa por el tigre desgarrada.

XXII

Allí está Zea, el pensador profundo,
Cuyo saber, tan vasto cual luciente,
Arrancó aplausos en el Viejo Mundo;
Y está Roscio, político eminente,
Orador fácil, escritor fecundo,
A quien odia el tirano en saña ardiente;
Y Peñalver, patriota enardecido,
En la turquesa de Foción fundido;

XXIII

Y Parejo, trasunto de Cedeño,
Que á Bolívar amaba embelesado,
Y al lado de él hoy duerme el largo sueño ;
Y Urbaneja, carácter reposado,
Noble patricio de apacible ceño;
Y Mariño, magnánimo soldado,
Jefe de los cuarenta campeones
Que humillan de Leonidas los blasones ;

XXIV

Y Urdaneta *el brillante*, fuerte acero,
Cuyo brazo jamás sintió quebranto,
De Bolívar constante compañero;
Y Torres, *cuya audacia daba espanto*,
El bravo de los bravos, gran lancero;
Y... pero todos dignos de tu canto
Son, oh Musa, que nunca en los altares
De los déspotas diste tus cantares.

XXV

Jamás se vió tan singular portento:
Sabios y veteranos, con la espada
Al cinto, y el oído siempre atento
Al eco del cañón, sobre la nada
Edifican el firme fundamento
De una Nación altiva y dilatada,
Que habrán de redimir con un bautismo
De sangre, y con milagros de heroísmo.

XXVI

Como el sol, que reparte en los planetas
Su calor y su luz resplandeciente,
En medio á aquella pléyada de atletas
Alza Bolívar la fulmínea frente.
Su voz, como la voz de los profetas,
Enciende de la fe la llama ardiente;
Su firme confianza los alienta;
Luz, los alumbra; fuego, los calienta.

XXVII

Libertar á Caracas meditaba,
Villa feliz do se meció su cuna:
La cerviz bajo el yugo uncida, esclava,
De su Patria el recuerdo le importuna.
Ella su veste en tibio llanto lava,
Y él cifra su ambición y su fortuna
En descuajar la vieja tiranía
Del suelo donde vió la luz del día.

XXVIII

Después de tanta brega, ingrata y dura,
Merced de tanto afán y sufrimiento,
De tanto desengaño y desventura,
Y tan largo y tenaz padecimiento;
Acaso, en horas de mortal tortura,
Enfría su alma amargo desaliento,
Esa alma de volcán, predestinada
A levantar naciones de la nada.

XXIX

A veces de la duda el negro velo
Matar intenta de su fe la lumbre.
Al águila caudal, reina del cielo,
La intimida también la incertidumbre,
Y acaso tiembla al emprender el vuelo
Del Ande excelso á la argentada cumbre,
Do se engendran las nieves eternales
Que descienden en férvidos raudales.

XXX

Era una noche tropical. Febea
El espacio domina descampado ;
Su lumbre con las sombras juguetea
Que vagan por la vega y el collado,
Y el dorso de Orinoco varetea,
Manso cual terranova aquerenciado :
Las mudas pampas el silencio vela,
Del nocturnal misterio centinela.

XXXI

El Héroe yace en plácido reposo
Sobre su angosto lecho de campaña :
Penetra el paraninfo silencioso,
Y el vívido esplendor la estancia baña.
Del adalid la frente, respetoso,
Con el cuento acaricia de su caña,
Cetro dë oro que en redor fulgura
Lampos que vencen la tiniebla oscura.

XXXII

Mas ya brillan las luces del Oriente:
Bate las alas y levanta el vuelo.
Los niños (tal relata ingenua gente)
Vieron, dormidos, entreabierto el Cielo...
Pero no es dado á la profana mente
A arcanos tales penetrar el velo,
Ni cuando á par de reverente lira,
Loando á Dios, en éxtasis suspira.

XXXIII

Soñó el Héroe que un genio ultramundano
Le enseñó el Potosí, do se veía
Flotar al viento el Iris soberano ;
Y que con grave ceño le decía :
« En esa cumbre lo alzará tu mano.
¡ Sigue al Sur ! El Señor á ti me envía :
Libre verás el suelo á cuya suerte
Consagraste tu espada y brazo fuerte.

XXXIV

« Verás, cuando despiertes, gran soldado,
Ese Iris, á ti propicio agüero ;
Y así sabrás que estuvo aquí á tu lado,
Tu alma á afirmar, celeste mensajero.
Empúñalo gozoso : es el sagrado
Signo de triunfo, el talismán guerrero :
Él cruzará vastísimas regiones,
Él, en tu mano, engendrará naciones.»

XXXV

Abre el Héroe los ojos : el espanto
Su corazón oprime. De la aurora
Rivalizando el virginal encanto,
Brilla sobre él la enseña redentora.
De rodillas, vertiendo dulce llanto,
La besa humilde, y al Señor adora,
Ser fiel jurando á la misión sagrada,
A su genio y su brazo encomendada.

XXXVI

Su luz el sol á destrenzar empieza:
Bolívar, afanoso, alza la frente;
El Consejo convoca, y con presteza
Su nuevo plan de guerra hace presente.
Con repugnancia general tropieza;
Su pensamiento juzgan imprudente;
Los guerreros contemplan, sorprendidos,
Aquello una ilusión de los sentidos.

XXXVII

« Amigos,» dice, « al Sur ! al Sur volemos;
Nueva Granada ansiosa nos espera.
De victoria en victoria llevaremos,
Siempre en triunfo, del Iris la bandera.
Pronto la planta en Santafé pondremos;
Sentada allí la Libertad, do quiera
Se abrirá en torno espléndido camino,
Y fijará los fallos del Destino.»

XXXVIII

Temen, barbotan, dudan los guerreros,
Que ver no es dado á humana criatura
Del misterio la faz.—Los compañeros
Del Genovés temblaban de pavura
Del negro mar á los aspectos fieros,
Y temían la empresa una locura ;
Y el egregio varón, firme, jocundo,
Aguarda en paz la aparición de un mundo.—

XXXIX

Del Héroe la elocuencia persuasiva
Los vence al fin : ya claro se presenta
Lo que era oscuro ; palpitante y viva,
Su palabra de fuego los alienta.
¡ Del genio singular prerogativa !
Potencia y luz, la oscuridad ahuyenta,
Arrastra en pos lo que era masa inerte,
Vida y calor arranca de la muerte.

XL

En juego pone esfuerzos sobrehumanos ;
Sufrir no puede perezosa calma ;
En ilusión deshace á los tiranos,
Y de la gloria empuña la áurea palma.
Un paso más, y todo está en sus manos ;
Ferviente inspiración enciende su alma,
Como del Cielo fúlgida saeta
Enardece la mente del profeta.

XLI

Brilla de los guerreros en la frente
La luz de la esperanza, alimentada
Por el rayo vivaz, resplandeciente
Que despide del Héroe la mirada.
La luna, así, del sol alzada enfrente,
Vuelta al orbe su faz iluminada,
Generosa, la luz retorna al suelo
Que huyó de las tinieblas bajo el velo.

XLII

Ya los cuerpos desfilan ordenados
Del caudillo á la vista, en la llanura,
Al aire los pendones desplegados,
Testigos de portentos de bravura.
Saluda el General á sus soldados,
Y en rápidas palabras les augura
Hazañas inmortales que sus nombres
Grabarán en la mente de los hombres.

XLIII

El apureño su corcel modera,
Que salta al ver delante la campaña,
Avezado á vencer en su carrera
Toros salvajes: alba nieve baña
Su pecho, y bufa altivo, cual si fuera
A perseguir al ciervo en la montaña;
Tasca, impaciente, el importuno freno,
De noble espuma enrojecida lleno.

XLIV

Ecos despiertan, broznos, los tambores,
Que á lo lejos dilatan su bramido.
El llano se enverdece á los clarores
Del sol, que se alza sin afán, sin ruido,
Lentamente, desnudo de fulgores,
Como globo de hierro enrojecido
En las llamas de fragua ciclopea
O en el volcán, que al cielo centellea.

XLV

La música despide melodías
Que derrama en los ámbitos el viento;
Aquellas pampas vírgenes, vacías,
Jamás oyeran tan extraño acento.
El tigre, al escuchar las armonías,
Depuso su crueldad por un momento,
Y la sierpe en su senda tortüosa
Paróse á oír la marcha sonorosa.

XLVI

Nobles mortales que el deber alienta!
Partid: la voz de la justicia os llama.
Id á limpiar la vergonzosa afrenta;
Id á segar los lauros de la fama.
La sed de sacrificio os atormenta;
Vuestra alma fuego de virtud inflama.
¡Que vuestros pasos siga la victoria!
¡Que os dé su luz el Iris de la gloria!

CANTO SEGUNDO.

I

AL pie del Monserrate reclinada,
Sobre la enhiesta cordillera andina,
Yace la hermosa virgen de Quesada,
Del sesgo Funza soñadora ondina.
Vasta llanura, á trechos esmaltada
De saucedales, vese peregrina
Dilatarse á sus pies cual verde alfombra
Que va á perderse en la cerúlea sombra. 2

II

Cuán bello es todo aquí! nido de amores,
Bulle el placer en lánguido suspiro;
Tierra y cielo compiten en primores,
Lujosos de esmeralda y de zafiro.
Sus efluvios purísimos las flores
Vierten, que vagan en revuelto giro ;
Soplan las tenues brisas, agitadas,
Cual del Genio del Ande abanicadas.

III

Aquí la virgen, casta cuanto hermosa,
Sabe que el esplendor de la belleza
Ha menester la gasa vaporosa
Del candor, el recato y la pureza.
Y sus mejillas de jazmín y rosa,
Que el pudor con sus tintes adereza,
Las sensaciones íntimas exprimen
Que su inocente corazón oprimen.

IV

Eres el mimo, Bogotá, del cielo :
La existencia en tu seno se desliza
Cual con blando rumor el arroyuelo
Que con céfiros y aves dialogiza.
¡ Oh ! duerma yo bajo tu verde suelo,
Que de flores y grama se entapiza !
¡ Que á mis hijos tu manto los proteja
Hasta exhalar su postrimera queja !

V

Era el año fatal. La tiranía,
Más extremada en su sevicia dura,
El patrio amor anonadar quería,
Noble instinto de humana criatura.
El Virey la ciudad, con mano impía,
Sujeta al yugo de mortal tortura,
Pesado más que la existencia amarga
Que el baldón mengua y el martirio alarga.

VI

¿ Qué delito, malvada ú impudente,
Cometió la infeliz, que sufre tanto ?
¿ Dó su donaire plácido, inocente ?
¿ Dónde su dulce, halagador encanto ?
¿ Por qué cubre en pavor la mustia frente,
Cual joven viuda que su amargo llanto
Esquiva tras las gasas de su velo,
Nuncio de su orfandad y de su duelo ?

VII

Doquier resuena el destemplado grito
De sedientas pasiones: el soldado
Sacia de sangre su hórrido apetito;
Teme el patriota, de terror cercado,
Si su nombre en el rol estará inscrito
De proscripción, ó ha sido condenado
Al sangriento patíbulo inglorioso:
Ni confianza existe ni reposo.

VIII

Una jaula de hierro está en la entrada
De la ciudad. ¿ Encierra alguna fiera
Que sirva á entretener la turba holgada,
Del trabajo odiadora, novelera ?
No: allí se muestra, en férrea punta alzada,
La cabeza de un mártir lastimera,
De Torres ! el tribuno de alto aliento;
Su crimen fué: virtud, honor, talento !

IX

O ya sangrienta escarpia se atavía
De trozos de cadáver, grata ofrenda
Al buitre de vecina serranía:
Con el temor al pueblo se le arrienda.
Pero ay de los tiranos, guay el día
Que el dócil pueblo la lección aprenda !
La crueldad á la víctima contagia,
Que al victimario en ocasiones plagia.

X

Cobija la ciudad funéreo manto ;
Vaga en el aire lúgubre lamento ;
Ojos anega, reprimido, el llanto ;
Vibra el terror su tremebundo acento.
Una ciudad semeja á quien de espanto
Cubre enemigo sitiador, sediento
De incinerarla en pavorosa pira
Y en roja sangre mitigar su ira.

XI

Es un perseguidor cada soldado;
Es una cárcel la ciudad : se espía
El secreto al oído pronunciado,
Y la palabra que el cariño fía
Del pacífico hogar en el sagrado.
¡ Se acecha hasta el altar ! La chusma impía,
A todo paso, á toda acción atenta,
Sediciones y víctímas inventa.

XII

Día por día escúchase el tañido
De la campana, sordo, moribundo,
Lamento funeral del que al ejido
A morir va ; ó el rezo gemebundo
En pos del que al cadalso es conducido
A expiar el delito sin segundo
De haber amado el oprimido suelo
Do vió primera vez la luz del cielo.

XIII

La bronca voz retumba cada día
Del arcabuz, tremenda, fragorosa,
Lúgubre són que anuncia la agonía
Del tierno esposo á la infeliz esposa.
Un suspiro de amor tal vez la envía
Al desprenderse su alma generosa;
Muere sin quien abrigue sus despojos,
Ay ! sin quien cierre sus marchitos ojos.

XIV

Y su prole á oprimir el hambre empieza:
Quítanla el pan y el techo que la abriga;
Y ella, que acaso dominó riqueza,
Hoy un hogar con lágrimas mendiga.
El desprecio, el insulto, la dureza,
Hé aquí el consuelo, tal la mano amiga
Que suavice el rigor de su quebranto,
Y alivie su pesar, enjugue el llanto.

XV

¡ Cobardes, perseguid, matad varones,
Y devorad su sangre, y en su muerte
Saciad vuestras maléficas pasiones :
Les asiste el valor del sexo fuerte.
Mas no os cebéis en tiernos corazones,
¡ Ah ! no amarguéis de la mujer la suerte ;
Crueles sed, tal vez hasta malvados,
Pero infames jamás, jamás menguados !

XVI

Era una tarde. El horizonte oprimen
Las pardas sombras que la noche envía.
La voz del arcabuz un nuevo crimen
Anuncia de la negra tiranía.
Dolores y Angelina á solas gimen,
Que punible delito sido habría
En público llorar al *insurgente*
Que acaba de morir. ¡ Mísera gente !

XVII

Del hambre ven la negra perspectiva,
Porque sus bienes el tirano embarga,
Y de lo más preciso se las priva ;
Es su existencia mísera y amarga.
Mas dignas se las ve, la frente altiva,
Firmes de su dolor bajo la carga,
Como robustas palmas que del viento
Desafían el ímpetu violento.

XVIII

Y es hermosa Angelina : su hermosura
Vela cierta precoz melancolía,
De tristeza conjunto y de dulzura,
Como á la selva al apagarse el día.
Baja en rizos de oro á su cintura
Su cabellera, que fragancia envía,
Inquieta como el junco que en el lago
Mece la brisa en inocente halago.

XIX

Retiradas del mundo y su rüido
Viven las dos, atado el pensamiento
Al recuerdo del mártir bendecido,
Y á la virtud su corazón atento.
Un pan les da el trabajo, un pobre nido
Que acaricia de Dios el blando aliento,
Del Dios que ama la conciencia pura
Y alimenta al insecto en la espesura.

XX

Lleva el tirano su crueldad innata
Del pudoroso hogar hasta el sagrado :
En la familia que el honor acata,
Introduce, vil huésped, un soldado
Que el pan, el pan humilde, la arrebata,
Y mancha con su aliento emponzoñado
De virtudes eximias el decoro,
Y befa su dolor, su amargo lloro.

XXI

Se le impone á Dolores de repente
Un tal Mejía, esbirro del tirano.
En las artes nutrida está su mente
Que juega á su placer astuta mano.
¡ Pobres palomas ! ¡ ay ! de la serpiente
Por escaparse lucharán en vano.
Nunca tal inventó la villanía :
Hacer ludibrio del pudor, impía.

XXII

La madre, el pensamiento preocupado
De lo que el mundo, siempre vil, susurre
De su hija, sola entrégase al cuidado
De las faenas, y doquier discurre.
Miedo le inspira el monstruo aquel, y enfado.
De hallarse él en la casa un mes trascurre,
Y aun no ha visto á Angelina, sometida
A estrecha cárcel, á azarosa vida.

XXIII

Salió de la ciudad por todo un día :
Hija y madre, en su estancia solitaria,
Aire libre respiran á porfía,
Y espanden su alma en llantos y plegaria.
Mas de súbito muéstrase Mejía,
Y la ve : su belleza extraordinaria
Su admiración cautiva, y le sorprende,
Y en su pecho de amor la llama prende.

XXIV

De aquel tesoro raro y escondido
Concibe al punto el criminal deseo.
Como sierpe que acecha, astuta, el nido
De la inerme torcaz, él, á tanteo,
Juega, en su vil pasión más encendido,
Sus influencias, en pérfido rodeo.
La soledad alienta su esperanza ;
Su posición le inspira confianza.

XXV

Ello el tormento de la madre sella :
No halla, infeliz, de salvación reparo ;
No hay quien le preste sombra á la doncella,
No hay quien les dé, por compasión, amparo.
El pez zabulle, vuela el ave, y ella
No puede huír del infortunio avaro,
Que, porque más su corazón aflija,
La honra en peligro pone de su hija.

XXVI

Se rompe, al fin, del disimulo el manto:
Sabe la virgen el intento avieso.
Las dos, colmadas de indecible espanto,
Tiemblan, de su dolor en el exceso.
A solas mezclan su copioso llanto,
Rendidas de su angustia bajo el peso.
¡ Triste Angelina ! hubiera preferido
Dormir el sueño del eterno olvido.

XXVII

La infelìz, de salvarse en el anhelo,
Se corta la abundosa cabellera;
Gime Dolores viendo por el suelo
El manto de oro que su orgullo fuera.
Mas ¿ cómo echar sobre su rostro un velo ?
¿ Cómo encorvar su talle de palmera ?
¿ Cómo oprimir su frente majestuosa ?
¿ Cómo arrugar su tez de nieve y rosa ?. ....

XXVIII

Irgue la flor su copa perfumada,
Ufana de su aroma y gentileza ;
Ama sus visos la avecilla alada,
Cendal que la ciñó Naturaleza.
Mima su encanto la mujer, prendada
Del aplauso que mueve su belleza :
Angelina aborrece su atractivo,
Dón ominoso, pérfido incentivo.

XXIX

Llega el día de afán y de tortura
Que la triste Dolores aguardaba :
Mejía dice su pasión impura,
No en el blando rogar, que amor recaba,
De quien une el respeto á la ternura,
Mas como amo que exige de su esclava
Sumisión absoluta, sin reparo,
Cual la impone el rigor del desamparo.

XXX

« La amo,» á Dolores dice el impudente,
« Con un amor sin freno, sin barrera.
Sois la viuda de un pérfido insurgente :
Vos sabéis, pues, el hado que os espera.
Pero yo os alzaré, si ella consiente,
A entrambas dos á superior esfera.
Elegid : á mi lado, bienandanza ;
Bajo mi odio, el dolor sin esperanza.

XXXI

« ¿ Queréis vivir ? Vuestra existencia, os juro,
Pende tan sólo de una frase mía:
De vuestro hogar dentro el cerrado muro
He sido puesto con misión de espía.
Pero hay un medio fácil y seguro
De captar mi indulgencia y simpatía:
Sólo Angelina os salvará, pues sólo
A precio de su amor mis pactos violo.»

XXXII

Ella treme en convulso movimiento
Cual de corriente eléctrica tocada.
« ¡ Tened piedad ! » murmura en tenue acento;
« ¡ En nada os hemos ofendido, en nada !»
« No cejaré,» prorrumpe el ruin sargento;
« Ya os lo dije : la niña á mí me agrada.
O Angelina es mi amante, ó vos, señora,
Recibiréis condena de traidora.

XXXIII

« ¡ Acordaos de Pola y su castigo !
Denunciar que auxiliáis á los del *Llano*,
Bien puedo yo, que vuestros pasos sigo.
¿ Las pruebas ? por hallarlas no me afano :
Dócil el mundo se nos vende amigo
Cuando todo se rinde á nuestra mano.
Os lo repito : si Angelina es mía,
Tendréis mi protección, mi simpatía.»

XXXIV

Esto diciendo, cúbrese y se ausenta.
Sombras Dolores mira ensangrentadas;
Apenas ¡ infeliz ! su pecho alienta.
Al cuarto de Angelina sus pisadas
Lleva, y en baja voz todo lo cuenta
A la inocente niña. Amedrentadas
Y tremulentas, en silencio lloran,
Caen de hinojos ante el Cielo, y oran.

XXXV

Se apaga el sol : la noche triste envía
Sus tinieblas, que borran la sabana.
Preparando la cena de Mejía,
Dolores, entre lágrimas, se afana.
Vuelve á su cuarto : está Angelina fría
Y convulsa, ella há poco tan lozana ;
Turbia la vista, pálida la frente :
Es, no hay duda, mortal el accidente.

XXXVI

«Madre,» murmura en dolorido acento,
« ¡ Perdonadme por Dios, madre querida !
Me contrista, al morir, el sentimiento
De amargar, sin mi culpa, vuestra vida.
Ya, ya se acerca mi postrer momento.
Entre verme á la infamia sometida,
Y vuestro sacrificio ¡ lucha fuerte !
Un recurso quedábame,—la muerte.

XXXVII

« Y ese final recurso lo he probado.
¡ Perdonadme ! El Señor, tan justo y bueno,
Perdóneme también, si es atentado
La muerte hundir dentro mi propio seno.
Quísolo así, conmigo adusto, el hado,
Madre, y mi amor por vos. Tomé un veneno.
Salvo mi honra, de un monstruo acometida,
Y al propio tiempo salvo vuestra vida.»

XXXVIII

La pobre madre grita fuertemente.
Al escuchar el súbito alarido,
Mejía acude. Al verle la inocente,
Se recoge, temblosa, entre su nido,
Cual si el roce glacial de una serpiente
A deshora la hubiese estremecido.
« ¡ Señor ! » clama Dolores ; « ved : salvadla,
Y después...¡ Ay ! no, no ! morir dejadla ! »

XXXIX

Y así Angelina su impudencia azota :
« A tus garras me escapo, monstruo fiero.
Óyeme : de la afrenta á la picota
El polvo de la tumba yo prefiero.
Sabe, pues, que la hija de un patriota
Sucumbe al hambre, al tósigo, primero
Que de vosotros ser infame esclava.
Mas Dios es justo : vuestro imperio acaba»....

XL

Ya la agonía la agarrota el pecho.
Abrumado el feroz de peso tanto,
Huye de aquel enlutecido techo,
Colmada el alma de dolor y espanto.
Dolores, derribada al pie del lecho,
Humedece en los hilos de su llanto
De su hija la mano desmayada,
A sus besos de amor abandonada.

XLI

Penetra el sol la fúnebre manida :
El rostro de la virgen brilla ufano ;
Apenas, tal parece, está dormida,
Ajena á todo sinsabor humano.
Yace la madre, sin color, tendida
A los pies del cadáver ; un anciano
Sacerdote es el único que vela,
Del silencio y la muerte centinela.

XLII

Contrariado en su antojo el vil Mejía,
Con torpe maldición el aire atruena ;
Y vengarse en Dolores su alma ansía,
Alma sin compasión, alma de hiena.
Que á su hija envenenó dice el espía :
La someten á pública faena.
De presidiarios viósela en el bando
Cual miserable esclava trabajando.

XLIII

¡ Ah ! cuántas veces sin respeto hollamos,
En Bogotá, quizás sagrado suelo,
Sin pensar que las losas que pisamos
Recibieron las lágrimas de duelo
De matronas vejadas por sus *amos!*
¡ Cuántos martirios duermen bajo el velo
De esa éra de angustia y agonía,
De atroz tormento y ruda tiranía !

XLIV

Más cada vez se aguza la cuchilla;
Tiembla la Patria bajo el puño fuerte
Del despotismo, que al herir mancilla.
Hosca tormenta espanto en torno vierte.
Ay ! y ni un rayo de esperanza brilla
Tras el crespón siniestro de la muerte,—
Nublo que cubre de pavor la tierra,
Y exterminio amenaza, y sangre y guerra.

CANTO TERCERO.

I

INUNDABA la lluvia el ancho suelo
Por do Arauca se arrastra majestuoso:
Es vasto mar que se desploma, el cielo ;
La tierra, inmenso lago cenagoso.
Trama la bruma su tupido velo ;
Punto no se halla do tomar reposo.
¿ Dónde el calor que infunda fuerza y brío,
Si todo es agua y lodo, niebla y frío ?

II

—Del deber en la llama bendecida ;
En la hoguera vivaz de la esperanza,
Que encuentra en la virtud abrigo y vida,
Y hasta el seno de Dios su lengua lanza.
¡ Oh ! cuando del mortal el pecho anida
Entusiasmo y ardor, ¿ sobre él qué alcanza
El ímpetu de lluvias turbulentas,
Y agua y cieno, diluvios y tormentas ?

III

No hay esperanza de que el tiempo ceda.
En vano un cobertizo, una enramada
Busca el soldado que abrigarle pueda
Contra el rigor de lluvia desatada.
El sol esquiva su presencia leda
De niebla tras los muros apiñada,
Como cuando en el polo ínvido velo
Hurta al mortal el rosicler del cielo.

IV

Anchos ríos que llevan sus torrentes
Al tumultuoso Arauca, acrecentados
Por las lluvias, oponen sus corrientes
Al paso de los míseros soldados.
Cachicamo, cual mar de ondas hirvientes,
Dilata su caudal á todos lados.
¡ Ay ! el cielo quizás también conspira
Contra esta empresa, en ímpetus de ira !

V

El viento azota del soldado el vulto;
Sus crueles tormentos acibara
Arida el hambre con furial insulto:
Su saña ceba en él la suerte avara.
Semejan, no un ejército, es tumulto
De bárbaros que el polo vomitara,
Y, ansiosos del calor del Mediodía,
Huyen del suelo de su patria impía.—

VI

Ya á Tame ven, do aguarda con anhelo,
Al frente de gallarda infantería,
Al jóven adalid que escogió el Cielo
Y que los bravos del Apure guía,
El noble Santander. ¡ Cuánto consuelo
Ensancha el corazón, qué de alegría
Al divisar los caros campeones
Formados en vistosos batallones !

VII

Se abrazan los gallardos lidiadores,
Que anhelosos estaban y sedientos
De compartir sus riesgos y sudores,
De compartir sus tiernos pensamientos.
Sus peligros se cuentan, sus dolores ;
Pero quejosos no, sino contentos :
Aman sufrir por causa tan sagrada,—
Libertar á su Patria esclavizada.

VIII

Entre cien cintas de lumbrosa plata,
De Casanare el nivelado suelo
Su verde palio en derredor dilata,
Hasta perderse en el azul del cielo.
A su placer la vista se desata
En torno, y no halla obstáculo á su vuelo,
Sino el arco de nubes azulosas
Que allá, muy lejos, duermen perezosas.

IX

¡ Rica región, hermosa, exuberante,
Del generoso Dios preciada hechura !
Avista el alma, en éxtasis, delante,
Un porvenir de gloria y de ventura.
La vida patriarcal, la vida amante
Se vive aquí, pacífica y oscura :
No hay *mío* y *tuyo;* cual su gran desierto,
El pecho tienen generoso, abierto.

X

Aquí la inmensidad le habla á la mente
Su lenguaje de pompa y de grandeza;
Se ve al Señor más cerca, más presente;
De su infinito aquí la escala empieza :
En lo vasto, su mano omnipotente ;
En lo bello, el fulgor de su belleza ;
Su misterio, en la espléndida llanura ;
Su bondad, en las galas de Natura.

XI

Todo aquí entraña del poder la idea ;
Todo,— hasta el mal,— osténtase sublime :
Vívido el sol la atmósfera caldea,
Y saetas de luz al suelo esgrime ;
La estrella, que esplendores pestañea,
Votos de amor y adoración exprime ;
La luna, ascenso al emprender, dilata
Su disco, ornado de bruñida plata.

XII

Siéntese ansia de vida. El pensamiento,
Que á su noble ambición no halla barrera,
Vuelo emprende, sin alas como el viento,
Y se remonta á superior esfera.
Mar de llanuras, toca al firmamento
Su confín, y allí el éter reverbera,
Y entre grumos de rosa, azul y gualda,
Desciende á orlar la alfombra de esmeralda.

XIII

Un tipo singular es el *llanero:*
Cualquier señal de protección le ofende ;
Si se le humilla, yérguese altanero ;
De blanda insinuación sumiso pende.
Árabe americano, él es guerrero,
Es poeta de instinto, y su arte aprende
En la genial y grata melodía
Que al aire vano la campiña envía.

XIV

La abierta inmensidad es su elemento ;
Su noble corazón nada ambiciona ;
Su carácter, la ley del sentimiento,
A que hábitos é instintos abandona.
A un ultraje, se irrita turbulento ;
Mas con igual facilidad perdona :
Si el gratuito ofensor llama á su puerta,
Todo se olvida al punto,—la halla abierta.

XV

Ama la Libertad hasta el exceso ;
Su admiración cautiva la bravura ;
En el peligro cifra su embeleso,
En la gloria su orgullo y su ventura.
Su hogar por eso abandonó, por eso
Deja á su amada y deja su llanura,
Resuelto á perecer en la pelea
Porque su Patria independiente sea.

XVI

Es su lanza feroz doquier temida,
Su brillo al español de espanto hiela.
Aleccionado su corcel, la brida
Veces hace de látigo y de espuela.
¿ Qué busca ? Ajeno bien: de sí se olvida.
¿ Por qué se sacrifica ? Porque anhela
Ver felices, como él, á sus hermanos,
Libres, como él, de trabas y tiranos.

XVII

Sigue de grado al Héroe; sin violencia
Párte á arrostrar la sed, el hambre, el frio:
Ríndele voluntario su obediencia,
Con la muerte en resuelto desafío.
Le domina el poder de la elocuencia,
Y Bolívar le rige á su albedrío
Con su pomposo, arrobador idioma,
Que sus instintos errabundos doma.

XVIII

Es de noche. El ejército reposa
Bajo el cielo; la tropa se calienta
Al amor de la lumbre, que, radiosa,
Al tigre, que en redor husmea, ahuyenta.
En torno al fuego, en plática amistosa,
Cada soldado sus hazañas cuenta,
O evoca las escenas de su vida
De infancia, que jamás el hombre olvida.

XIX

En un grupo hay un joven, y á su lado
Dormida está, no lejos de la hoguera,
Una mujer, en traje de soldado,
Desparcida la undosa cabellera.
En las lides, del joven denodado
A par, ha sido intrépida guerrera ;
De Páez en la brava compañía
De los dos resaltó la valentía.

XX

Antonio el nombre de él, Adulia el de ella ;
Simpáticos mancebos, generosos.
Rigió la suerte misteriosa estrella,
Hasta la tumba, de los dos esposos.
A par trazaron luminosa huella,
Y siempre unidos, siempre valerosos,
Al porvenir legaron su memoria,
Al amor consagrada y á la gloria.

XXI

« Cuenta,» le dice un Oficial á Antonio,
« (Estos tendrán placer en conocerte)
La historia de tu extraño matrimonio,
Tus raras aventuras y tu muerte.
Sabed, amigos, que éste es un demonio
De singular y afortunada suerte :
Perdido, halló felicidad cumplida ;
Muerto, el amor le restauró á la vida.»

XXII

« Viajaba yo con otro compañero,»
Dice Antonio, « del Meta por la vía ;
Pernoctámos á orillas de un estero,
Y á solas encontréme al otro día.
Anduve mucho, anduve un día entero,
Y no logré orientarme : se extendía
En torno la llanura, igual, ardiente ;
Era inútil buscar un sér viviente.

XXIII

« Al cuarto día, de hambre y sed rendido,
A la sombra de un árbol busqué asiento :
Cuánto tiempo allí estuve no he sabido,
Pues de mi sér perdí el conocimiento.
Al entreabrir los ojos, sorprendido
Vi á mi lado á una joven, cuyo aliento
Refrescaba mi sien enardecida:
Espiaba el retorno de mi vida.

XXIV

« Un grito de alegría candorosa
Entonces exhaló, y ungió mi frente
Con una esencia de jazmín y rosa,
Que restauró las fuerzas de mi mente.
Me condujo, en seguida, silenciosa,
Y dejóme á la orilla de una fuente :
Juzgué inútil pensar si volvería,
E inevitable vi la muerte mía.

XXV

« Pero volvió la dulce criatura,
Y alimentos me trajo. Estaba hambriento
Hasta la desesperación y la locura,
Y de tanto comer perdí el aliento.
Vi al despertar que, llena de ternura,
Con su abanico me arrojaba viento,
Y me ungía su mano temblorosa,
Como poco antes, con licor de rosa.

XXVI

« A una gruta de helechos y de flores
Me condujo después la amiga mía.
Cada tarde, á los últimos fulgores
Del sol, sin faltar nunca, aquí venía
A prodigarme auxilios bienhechores
Y á regalarme grata compañía :
Le era tan dulce su presencia á mi alma
Como al aduar la sombra de la palma.

XXVII

« Así corrióse un año, á lo que entiendo.
Al principio por señas se explicaba;
Mas poco á poco fuíle comprendiendo
Su lengua, que más bien adivinaba.
A veces, vergonzosa, balbuciendo,
Le enseñase la mía me rogaba ;
Comprender logré al cabo su lenguaje,
Enérgico y hermoso, aunque salvaje.

XXVIII

« ¿ A qué deciros que la amaba en tanto
Con tierno amor, con honda idolatría ?
Ella acudió propicia á mi quebranto;
Ella á puerto sacóme en mi agonía;
Ella enjugó los hilos de mi llanto;
Fe y valor y esperanza me infundía:
Del solitario amable compañera,
Para él la vida, el mundo, todo era.

XXIX

« Sin temor, sin reservas, sin cuidado,
Con la tranquila sencillez de un niño,
Pasaba largas horas á mi lado,
Prodigándome muestras de cariño.
Hubiera sido un pérfido, un malvado
En manchar su candor de blanco armiño,
Como quien mata la gentil paloma
Que, con nuevas de amor y vida, asoma.

XXX

« Era una tarde: desmayaba el día.
Estábamos sentados viendo enfrente
Al sol que en nubes de ópalo se hundía
En el término azul del Occidente.
A lo lejos el Meta se veía
Arrastrar majestuoso su corriente ;
El desierto callaba en su reposo,
Como el mar cuando yace perezoso.

XXXI

« Mas imprevista turba se derrama
En torno ; el Jefe á mí se avanza fiero ;
Adulia vuela, se interpone y clama:
' Padre, detén el brazo : él no es guerrero,
No es tu enemigo, y á los dos nos ama:
Será tu amigo fiel, tu compañero.
No le herirás sin que primero hiera
Mi pecho el dardo, y á tus pies yo muera.'

XXXII

« Tales razones escuchó callado.
Los salvajes, con ruda gritería,
Me condujeron luégo á su cercado,
Donde llegámos al rayar el día.
En mí saciaba su crueldad el hado :
Más no volvió la protectora mía,
Cuyo padre era el Jefe—¡ suerte fiera !—
De los *guagivos*, tribu carnicera.

XXXIII

« Se dieron una noche al regocijo :
Vi á mis guardias dormidos á deshora.
Preséntaseme Adulia. ' Huyamos,' dijo ;
' Te quemarán al asomar la aurora.
Nuestros *piaches* declaran que eres hijo
De la antigua serpiente tentadora,
Y que me has hechizado. ¡ Animo ! vénte :
Están los guardias ebrios de aguardiente.

XXXIV

' Tu destino al saber, he padecido
Desesperantes horas de amargura;
Mas supe aprovecharme de un descuido,
Y he volado á arrancarte á la tortura.
Todo está á nuestra fuga prevenido:
Confiemos nuestra suerte á la ventura;
El generoso Dios que tu alma adora,
Nos tenderá su mano protectora.'

XXXV

«Dice, y mis ligaduras corta pía,
Y escapamos á rápida carrera.
Al despuntar la claridad del día,
A gran distancia estábamos; mas era
Imprudente parar, porque seguía,
Sin duda, en pos de mí la turba fiera,
Que anhelaba á su Dios hacer propicio
Por medio de mi bárbaro suplicio.

XXXVI

«Armas trajo, resuelta á todo evento;
Y hábil en manejarlas, de esta suerte
En la caza buscábamos sustento,
Y á serpientes y tigres dimos muerte.
Me admiraba su raro atrevimiento:
Jamás se intimidaba su alma fuerte;
Graves dificultades las vencía
Con valor que rayaba en osadía.

XXXVII

«La amaba cada vez con más terneza:
Ella había por mí sacrificado
Padres y hogar, honores y belleza,
Y todo por mi bien, todo de grado.
En nuestra vida errante y de aspereza
El amor nos bastaba, alimentado
De gratitud y sacrificios sólo,
Sublime amor, sin interés, sin dolo.

XXXVIII

« Algún tiempo después nos internámos
Del Orinoco en la región bravía,
Y al magnánimo Páez nos juntámos,
Que un escuadrón allí formado había.
Sabéis el resto : todos admiramos
De esta noble mujer la valentía
Y su virtud constante y generosa ;
Y sabéis que ante Dios la hice mi esposa.»

XXXIX

Antonio calla. La risueña aurora
Asoma ya su faz bermejecida ;
De las dianas la música sonora
Al movimiento bélico convida.
De la hoguera la luz se descolora ;
Siéntese aquí y allí rumor de vida.
La guerrera despierta sonriente,
Y un beso Antonio imprímele en la frente.

XL

Cual zumban las abejas por el llano
El almíbar libando de las flores,
Así, al nacer del día, el aire vano
Hombres y brutos pueblan de rumores.
Del caballo el relincho, y el lejano
Mugir del toro, el són de los tambores,
De aves que parten el fugaz chillido...
Todo en sordo rumor, vago rüido.

XLI

Hay en medio al bregar del campamento
Escenas de expansión y de alegría,
Como hay treguas de plácido contento
En la ruda labor de la alquería.
Y si el valiente marcha en seguimiento
De un ideal, si la virtud le guía,
¿No endulzará sus horas de quebranto
Blando placer, halagador encanto?

XLII

Abre el sol de sus fuegos el tesoro,
Y lumbre esparce por la azul esfera.
Al aire vago eleva lenguas de oro
Y copos de humo la vivaz hoguera
Do chirrian trozos de cebado toro,
A balazos cogido. A la ligera
Un desayuno toman. Como lleno
De ardor, tasca el corcel el leve freno,

XLIII

Y el callo el suelo con rumor golpea,
Inquieto el Héroe animación intima:
Incansable en la bélica tarea,
Los mueve á todos; al soldado anima,
Y al tardo en el obrar le aguijonea;
Mas suavemente, sin que á nadie oprima.
Todos rinden de grado acatamiento
Al que así manda,—con vigor y tiento.

XLIV

La marcha Antonio con Adulia guía :
Como otra vez por el erial desierto
Guió al hebreo la columna pía,
Ellos conducen á propicio puerto
La tropa por ignota y sesga vía.
Y son columna luminosa, cierto :
Amor, ¡ oh dulce Amor ! ¿ no eres la lumbre
Que á el alma lleva á codiciada cumbre ?...

CANTO CUARTO.

I

SALEN los dos esposos con frecuencia
A buscar provisiones, diligentes:
Cultivan fraternal inteligencia
De los predios vecinos con las gentes.
Del ejército son la Providencia;
Emprendedores, rápidos, valientes,
De sus amigos sólo al bien atentos,
Acopian abundantes bastimentos.

II

En un bosque, del Ande no lejano,
Se internaron los jóvenes un día.
Súbito oyeron un murmullo humano
Que del pie de unas rocas procedía.
Se acercaron, y vieron á un anciano
Que en otra lengua, en alta voz, leía:
Por su vestido y por su idioma extraño,
Juzgó Antonio que fuese un ermitaño.

III

Largo rato le miran: es austero
El semblante del grave solitario;
Blanca su barba, su mirar severo,
Cabellos largos, traje extraordinario.
« Es quizá,» dice Antonio, « un misionero ;»
Y hace, en seguida, un ruído voluntario ;
Alza el rostro el anciano ; palidece,
Y raudo entre las rocas desparece.

IV

« No temáis, buen anciano,» Antonio grita :
« No hemos venido á daros sinsabores
Ni á interrumpir vuestra oración bendita :
Somos inofensivos cazadores.
Bondadoso admitid nuestra visita,
Y hallaréis en nosotros servidores.
Buscamos en las selvas alimento ;
No es que el crimen gobierne nuestro intento.

V

« ¡ Qué oigo ! » dice el anciano ; « voz amiga
Suena en mi oído por la vez primera
En esta gruta que mi cuerpo abriga.
¿ O venís á tratarme como á fiera ?
¿ Es posible que aquí se me persiga,
Cual si un delito mi existencia fuera ?
¡ Por Dios ! dejadme en este pobre asilo
Vivir siquiera en paz, morir tranquilo !

VI

« Pero bondad en vuestros rostros veo ;
Enemigos no sois. Entrad.—Ha sido
Este mi hogar, há un año, á lo que creo ;
Pensad, amigos, cuál habré sufrido.
Yo no soy un salvaje, no soy reo
De algún crimen atroz, no soy bandido ;
Amo la sociedad de los humanos :
Todos, en el Señor, son mis hermanos.

VII

« De todos no me quejo: hay nobles gentes
En medio á los tiranos todavía ;
Hay almas puras, grandes, excelentes,
Que Dios al mundo, para bien, envía.
Mas perdonad: vosotros, inocentes,
Ignoráis la palabra *tiranía*,
Y de los malos ignoráis la saña;
Sabéis sólo la paz de la montaña.»

VIII

Responde Antonio: « No os oculto nada:
Soldados»..... (El anciano á esto se altera.)
« Soldados de la Patria desgraciada,
De Orinoco dejámos la ribera,
Y á libertar vinimos á Granada.
Nos cubre de BOLÍVAR la bandera,
De BOLÍVAR el grande, cuyo nombre
Acaso haya llegado á vos, buen hombre.»

IX

Los brazos le echa al jóven el anciano;
Y lágrimas vertiendo de alegría,
« Nobles amigos míos ! » clama ufano,
«¿ Viene el Héroe inmortal? ¿La Patria mía
Viene ya á libertar ? Mi gozo insano
Disimulad: la dura tiranía
Huyendo, asilo les pedí á las fieras,
Menos crueles, menos carniceras.»

X

« Del Héroe, dice Antonio, « el pensamiento
Es libertar á Santafé ; no obstante
Que Barreiro se opone á tal intento,
Nada su marcha detendrá arrogante.
Por impedir un doble movimiento,
Páez de La Torre se quedó delante.
Tal es, señor, lo que BOLÍVAR tienta.
¡ Si supierais la fe que nos alienta !

XI

« ¿ Mas cómo estáis, decid, aquí apartado
De los hombres, sin pan y sin abrigo,
Sin un sér racional á vuestro lado ?
Menos sois, que un recluso, que un mendigo.
Hablad, y remitid todo cuidado :
Yo he padecido mucho : soy amigo
Del que tímidas lágrimas devora ;
El dolor compartido se aminora.»

XII

« Un año hará que en esta selva habito,»
Dice : « en las plantas hallo mi alimento ;
Oro, estudio á intervalos, y medito,
Y duermo en paz, y...acaso estoy contento.
Yo soy de Santafé. Fué mi delito
Haber odiado el régimen violento :
Reducido á prisión como un malvado,
Al cadalso, sin más, fuí condenado.

XIII

« Escapar pude, gracias á un labriego.
De Sumapaz en la agria serranía
Los dos formámos una choza, y luégo
Consagréme á las plantas, compañía
Dulce del solitario; allí, en sosiego
Mi espíritu, el estudio me absorbía.
Vivía solo...solo no, conmigo
Estaba Dios, del pobre fiel amigo.

XIV

« Una noche el labriego en mi cabaña
Se presenta, y me dice que allí habita,
Há tiempo, una familia que, la saña
Del español huyendo, anda proscrita.
' Les revelé que estaba en la montaña
Un sacerdote,' dice ; ' y solicita
Vuestros auxilios, moribundo, el amo.'
Yo acudí, sin temor, á aquel reclamo.

XV

« Encontré en una choza, semejante
A la mía, á un anciano que, tendido
Sobre un jergón, estaba agonizante.
Me le acerqué ; le conocí ; al oído
Le dije : ' ¡ Onzaga ! ¡ Onzaga !' y al instante
En mí fijó los ojos, sorprendido.
' ¡ Matías ! ' dice, ' ¡ amigo ! á dicha mía
Te vuelvo á ver : sin duda Dios te envía !

XVI

' Amigo y sacerdote, tu presencia
Será mi salvación. Abandonada
Dejo á mi hija : sé su Providencia,
Dále en tu corazón paterna entrada.
Un amigo, modelo de clemencia,
Proscrito como yo, por nombre Estrada,
Nos ha servido fiel ; pero, yo muerto,
¿ Qué será de mi Amalia en un desierto ? '

XVII

'¡ Amalia !' piensa Adulia conmovida,
' Si será ? '...« Yo juré,» sigue el anciano,
« Protegerla hasta el cabo de mi vida ;
Pero ¡ ay ! mi juramento ha sido vano...
Onzaga y yo, desde mi edad florida,
Amigos fuímos siempre ; más que á hermano
Le amé desde mi infancia : mal podría
Tal consuelo esquivarle en su agonía.

XVIII

' ¡ Gracias ! ¡ gracias !' me dijo, humedeciendo
Mis manos su copioso, acerbo llanto ;
' Yo creo en ti : tu corazón comprendo.
¡ Gracias también á ti, gracias, Dios santo !
Iba á morir mi suerte maldiciendo,
Y hoy la bendigo, Numen sacrosanto,
A cuya gran bondad nada se oculta,
Ni aun en los senos de la selva inculta !'

XIX

« Prodiguéle esperanzas y consuelo ;
Abrí ante su alma la inexhausta fuente
De la misericordia, dón del Cielo,
Único puerto al náufrago doliente.
¡ Poder inmenso de la fe, que al suelo
Baja cual medicina omnipotente !
Mi palabra de paz llevóle á su alma
Resignación y fuerza, alivio y calma.

XX

« Auxilios luégo le pedí á la ciencia,
Y plantas recogí medicinales,
Que aliviaron de presto su dolencia
Y descuajaron sus agudos males.
Paz y salud llevóle mi presencia.
—¡ Oh Amistad ! caro bien á los mortales,
Tú nos das luz en nuestra senda oscura,
Tú á nuestro duelo mezclas tu dulzura.

XXI

« Lágrimas seca tu propicia mano
Que ignora el mundo, ciego en su alegría,
Ó que le amargan su placer insano.—
¡ Pobre Onzaga ! tal vez la tiranía
Hundido le haya en su infernal arcano ;
Tal vez, desamparada la hija mía,
A merced del capricho de la suerte,
En mísera orfandad llore mi muerte.

XXII

« Una mañana estábamos sentados
Tomando tibio sol, sin temer nada,
Y súbito nos vimos rodeados
De fiera multitud de gente armada.
Nos pusieron en fila entre soldados.
Pedí permiso de ir á mi morada
Mis ropas á traer ; fuéme otorgado,
Y fuí con dos esbirros á mi lado.

XXIII

« Pensé en mi suerte, y me juzgué perdido.
Hay un abismo allí : lancéme ciego,
A la mano de Dios ; pero fuí herido,
Pues al verme arrojar me hicieron fuego.
A las ramas de un árbol quedé asido,
Del cual, sin fuerzas ya, descendí luégo ;
Mas al tocar á tierra, moribundo,
Rodé agobiado de sopor profundo.

XXIV

« Por la montaña erré, casi demente ;
Para dormir, trepábame á las ramas ;
¡ Ay ! á veces sentí de la serpiente
Con mis carnes rozarse las escamas.
Tomé por fin el rumbo del Oriente,
Fijo del sol en las nacientes llamas.
Las fieras me aterraban, mas siquiera
Es menos vil que el hombre vil la fiera.

XXV

—« Yo vi de Caldas ¡ ay ! el sacrificio,
De aquel egregio apóstol de la ciencia :
Subió al cadalso el ínclito patricio
Cubierto del candor de la inocencia.
Cerca, muy cerca, presencié el suplicio ;
Y palpé la virtud de su conciencia.
Yo de mi amigo lamenté la muerte,
Y no otra fué la causa de mi suerte.—

XXVI

« De la selva por fin salí bravía,
Y errante anduve por los vastos llanos
Que la llama encenderse ven del día.
Entre salvajes habité inhumanos,
Pero muy menos que en la Patria mía
La horda de los bárbaros tiranos
Que la sangran, la humillan y la oprimen,
Y postran la virtud, y alzan el crimen.

XXVII

« Mas decidme, mancebo generoso :
¿ Largo tiempo há que os guía la bandera
Del Gran Bolívar ?... ¡ Ah ! yo vi al coloso
En Santafé : recuerdo ; joven era.
No tenía un momento de reposo ;
Vivaz mirada, crespa cabellera ;
En sus ojos el genio relucía
Como en el sol el resplandor del día.»

XXVIII

Repuso Antonio : « Soy de Páez soldado »
«¿ Del León del Apure ? ¿ Es todavía,»
Matías dice, « el héroe denodado,
El tipo de gallarda valentía ?»
« No habéis, señor, jamás imaginado,»
Repone Antonio, « noble bizarría
Cual la suya, más bélica destreza,
Más pujanza, más brio, más fiereza.

XXIX

« Morillo en las *Queseras* sus guerreros
Adiestraba. La gente nuéstra, poca.
Toma el León doscientos compañeros,
Y al grueso del ejército provoca.
Al ver del enemigo los lanceros
La empresa aquella, más que osada, loca,
Sobre los nuéstros lánzanse á cogerlos,
Y él se retira, ansioso de atraerlos.

XXX

« Al verlos cerca ya, volvemos brida...
Aquello fué un horror, más que un portento :
Vílo yo, porque fuí de la partida.
Rápidos más que el ave por el viento,
Nos lanzamos, jugando con la vida,
Diez de nosotros para de ellos ciento.
Fué la carga feroz : ebrios de ira,
Sólo furor el corazón respira.

XXXI

« Nada resiste al héroe : en giro incierto,
Acá y allá, como águila, revuela ;
Lleva por toda parte el desconcierto ;
El pie de su corcel todo lo asuela.
A principios no más, Mugica muerto
Cae, Martínez también : es viva espuela
Su sangre á avigorar nuestra pujanza,
Y á acelerar los botes de la lanza.

XXXII

« Cuando la llama azul que vibra el cielo
Cae de lucios novillos en el hato,
Unos tendidos quedan por el suelo,
Y se dispersan otros de rebato.
Tál ellos : de salvarse en el anhelo,
Huyen, cual de los canes el cervato :
El campo queda de pavor cubierto ;
Herido yace aquél ; el otro, muerto.

XXXIII

' ¡ Sús ! valientes de Apure ! ' el héroe grita
En formidable, atronador acento ;
' ¡ A Morillo ! '...Y su hueste precipita,
Como á la llama en el pajizo el viento.
Volamos, decididos, á la cita,
Bajas las astas, ebrios de ardimiento,
Como el audaz halcón cuando se lanza
Sobre su presa, hambriento de matanza.

XXXIV

« De polvo y sangre y de sudor cubiertos,
Avanzamos en sueltos pelotones,
De nuestra muerte ó nuestro triunfo ciertos.
Truenan sobre nosotros los cañones ;
Del héroe ruedan á los pies los muertos ;
Cían los apretados batallones ;
La atronadora artillería calla ;
Cesa la ardiente lluvia de metralla....

XXXV

« Mas la noche tendió su pardo velo.
' ¡ Una hora más ! ' el vencedor exclama,
Con suprema ansiedad mirando al cielo ;
' Una hora más, Dios mío ! '...Mas la llama
Del sol se hundió. Tal vez para otro suelo
Y otra hora reserva de la fama
Los lumbrosos laureles el destino.—
Volvimos á tomar nuestro camino.

XXXVI

« Bolívar nos recibe arrebatado
De entusiasmo, de amor y de alegría.
' Hé aquí un anuncio,' dícenos, del hado,—
Esta muestra sin par de valentía.
Es nuéstra la victoria ! está marcado
Por el dedo de Dios del triunfo el día ! '
Uno tras uno nos abraza luégo :
De su alma siento aún el vivo fuego.»

XXXVII

Calla Antonio. Matías, la cabeza
Inclinada, derrama dulce llanto,
Que parece expresión de la tristeza,
Y es la expresión de venturoso encanto.
Y dice : « Al fin, tras la áspera rudeza
De la suerte, después de lloro tanto,
Mi corazón á columbrar alcanza
El reposo, á la luz de la esperanza.

XXXVIII

«Libre será mi Patria : vengadores
Le ha suscitado Dios al Nuevo Mundo,
Víctima de tiranos y traidores,
De venganza cruel, de odio profundo.
No estériles serán tantos sudores,
Tanto heroísmo no será infecundo.
Yo marcho con vosotros : todavía
Tengo valor y fuerzas y energía.»

XXXIX

Un libro su equipaje, y un cayado.
Adiós le dice al bosque con ternura,
Que el corazón se apega, enamorado,
Al lugar do gimió su desventura.
El techo á cuya sombra hemos llorado,
El árbol que veló nuestra amargura,
La fuente que escuchó nuestro gemido:
Eso, todo eso, á el alma le es querido.

XL

Al apagarse el luminar del día
Arribaron los tres al campamento.
Recelosa la luna aparecía
En el confín azul del firmamento.
El atambor, los hatos, el vigía,
Las trompetas, el río, el ave, el viento...
Todo sonaba en mezcla encantadora
Como era encantador el sitio, la hora.

XLI

Dice Adulia á Matías : « Conveniente
Hallo que os asociéis á dos paisanos
Vuéstros, que todos aman tiernamente,
Y á quienes titulamos *los hermanos.*»
De Adulia á tal indicación asiente :
Al mirarle pasar los veteranos,
Le contemplan con burla y extrañeza
Por su traje, su barba y su rudeza.

XLII

Amalia de su tienda está á la puerta,
Y recuerda á su padre en ese instante :
Ve á Matías, y rueda medio muerta.
La levanta el anciano jadeante.
« Hija mía, despierta ; hija, despierta ;
Soy Matías,» la dice sollozante ;
« Aquel á quien tu padre, ante la muerte,
Hizo depositario de tu suerte.»

XLIII

Entra en la tienda, apresurado, Estrada ;
Abrázale Matías ; y su llanto
Mezclan los dos.—«¿ Onzaga ?»—«En la morada
Eterna,» el joven le responde. En tanto,
A medias la infeliz incorporada,
Y en su rostro pintándose el espanto,
En voz baja balbuce : « De la fosa
Salió tal vez su sombra generosa.»

XLIV

Merced de los cuidados de su *hermano*,
Pronto está la infeliz restablecida.
«Hija, no he muerto,» dícela el anciano :
«Bondadoso el Señor salvó mi vida.
Mi juramento, pues, no ha sido vano :
Prometíle á mi amigo ser la egida
De tu virtud, y ser tu padre tierno ;
Y aquí estoy ya: ¡ bendito sea el Eterno !

CANTO QUINTO.

I

EL delicado joven, que temía
Fuese allí inoportuna su presencia,
Y pensaba que Amalia anhelaría
Desahogarse en secreta confidencia,
La dejó con Matías. « Hija mía,»
El la dice, « presumo que en mi ausencia
Habrás penas sin cuento padecido,
Herida el alma, el corazón herido.» 5

II

Responde Amalia : « Aquellos dos soldados
Que os conducían, retornaron luégo ;
Que erais muerto dijeron los malvados,
Pues que al veros lanzar hicieron fuego.
Nosotros fuímos sin piedad atados,
A pesar de mi lloro y de mi ruego :
Nos llevaban con modos tan brutales,
Cual si hubiésemos sido criminales.

III

« Pero una noche el valeroso Estrada,
Soldado, tiempo atrás, en Venezuela,
Ebrio ve á un Oficial, y, audaz, la espada
Y la lanza le quita ; y raudo vuela,
Y hiere y mata, en furia desatada ;
La espesa oscuridad sus pasos vela :
Por toda parte el héroe acometía
Alzando estrepitosa gritería.

IV

« Muertos unos están ; otros, heridos ;
Otros á fuga acuden salvadora :
Acaso se creyeron sorprendidos
Por numerosas huestes, á deshora.
A mi padre en sus brazos refornidos
Le toma, y huye. Al despuntar la aurora
Nos hallámos entre unas serranías,
Donde morámos por algunos días.

V

«Mas, como fuese el sitio aquel malsano,
Emprendimos camino hacia el Oriente
Hasta arribar de San Martín al Llano.
Allí enfermó mi padre gravemente.
'Hija,' me dijo al ver su fin cercano,
'Abandonada quedas é indigente;
Mas cuidará de ti la Providencia
Si guardares sin mancha tu inocencia.

VI

'Yo velaré por ti; pero al olvido
No des, no des mi súplica postrera:
Nunca á la seducción prestes oído;
Guarda tu dignidad, firme y austera.'
Llama á Estrada, y le dice: 'Poseído
De temor y de angustia yo muriera;
Pero su honra confío al noble acero
De un cumplido y cristiano caballero.

VII

'La amas, lo sé; mas tu pasión es pura,
Porque tu alma es valiente y elevada.
Sobre este Crucifijo jura, jura
Respetar su virtud inmaculada.
¡Ah! si á esta triste y pobre criatura...
Doquier mi sombra te siguiera airada,
Aciaga como aciago pensamiento,
Tenaz como tenaz remordimiento!'

VIII

« El noble Estrada jura hasta la muerte
Resguardar mi virtud con casto celo.
Después...(¡ oh ley severa! ¡oh caso fuerte!)
Sus restos sepultámos. Cuando el velo
De la tierra cubrió su cuerpo inerte,
Invadió mi alma de la tumba el hielo :
¡ Sola, sola, á un extraño confiada,
Y en torno el hambre, la orfandad, la nada !

IX

« Jamás á los obstáculos rendido,
Arrostró del desierto los horrores,
Con firme abnegación que yo no olvido,
Por mitigar mis penas y dolores.
Nos juntámos, un mes aun no cumplido,
De la Patria á los fieles defensores.
No miento : sois mi padre ; así os venero :
Estrada ha sido hidalgo caballero.

X

« ¡ Qué respeto por mí ! ¡ cuánta nobleza !
¡ Qué cariño tan santo ! ¡ qué ternura !
Jamás para conmigo una llaneza ;
Sólo mi alivio y bienestar procura.
Señor, os hablo con filial franqueza :
Os juro por mi padre que estoy pura ;
Fiel Estrada al solemne juramento,
Me ha tratado con grave miramiento.

XI

« Vos sois mi salvación ; vuestra presencia
Es un rayo de luz que Dios envía
A iluminar de lleno mi conciencia
En momentos supremos de agonía.
Os mandó á mí, señor, la Providencia
Cuando mi alma un auxilio le pedía :
Sus promesas mi padre me ha cumplido,
Porque su ruego no entregué al olvido.

XII

« Amo á Estrada : su fiel comportamiento,
Su valor, su nobleza peregrina,
Me imponen indomable pensamiento,
Algo que me somete y me fascina.
O gratitud, ó amor, lo que yo siento
Con tal poder mi voluntad domina,
Que sólo hallo placer en su presencia,
Y sin él no comprendo la existencia.»

XIII

Tiembla la casta virgen ; su mejilla
Vivo carmín de súbito colora,
Cual se enciende la tierna florecilla
Al recibir el beso de la aurora.
Cuán bella, en una frente sin mancilla,
Es, oh Pudor, tu llama encantadora !
Eres á la virtud sagrado velo
Con que la cubre, enamorado, el Cielo.

XIV

« Hija mía,» la dice cariñoso,
« Nada temas, en mí tu suerte fía :
Velar por ti, cuidar de tu reposo,
Es el único afán del alma mía.
Acaso Dios, en trance portentoso,
Para ello solo me salvara un día :
Cumpliré, lo verás, mi juramento.
Pronto sabrás cuál es mi pensamiento.»

XV

Al otro día, apenas de la esfera
La luz asoma, Estrada y el anciano,
Con otros más, entre ellos la guerrera,
Llevan á Amalia á un bosque no lejano.
Ahí, á la sombra de gentil palmera,
Formó de helechos delicada mano
Un altar, que de lejos se veía
Bajo el follaje de la selva umbría.

XVI

Y reciben aquí los dos amantes
La bendición nupcial. Por templo, el cielo
Lujoso de arreboles ; por diamantes,
De la aurora las lágrimas ; por velo,
De la palma los lazos fluctüantes ;
Por galas, la virtud y el casto anhelo.
Del sacerdote en la nevada frente
Brilla del sol el rayo refulgente.

XVII

El acto religioso concluído,
En plática sencilla y elocuente
Relata el sacerdote lo ocurrido :
La enfermedad de Onzaga ; el inclemente
Furor de los tiranos, no extinguido ;
De Estrada el heroísmo prepotente ;
La dolorosa muerte del anciano
De San Martín en el abierto Llano ;

XVIII

El proceder del joven, su ternura...
« *Hermanos* los llamáis ; y bien, os digo
Que lo han sido en verdad. Oídme: os jura
Mi labio, á Dios poniendo por testigo,
Que esta virtuosa joven está pura :
Estrada, el noble y generoso amigo,
A quien mi lengua con respeto nombra,
De Onzaga ha sido la viviente sombra.»

XIX

De Adulia el corazón se estremecía
De admiración y encanto: alma virtuosa,
Tributábale á Amalia idolatría.
De rodillas las dos, ella y la esposa,
Sus lágrimas mezclaban de alegría,
Puras como el aljófar de la rosa.
A su padre, sin duda allí presente,
Amalia bendecía reverente.

XX

De súbito la música resuena
En delicado y místico concento,
Que el corazón de tierno gozo llena
Y en süave rumor se esparce al viento.
Cierta solemnidad grave y serena,
Inspira misterioso sentimiento,
Dulce y triste á la vez, cual la belleza
De aquella tropical Naturaleza.

XXI

Mas la orden de marchar ha sido dada :
La agitación se extiende por do quiera,
Como cuando las grullas en bandada
Se mueven á seguir la primavera.
Siéntense ya soplar por la llanada
Las brisas de la andina cordillera,
Que á la pampa le envía fresco aliento
En halagüeño y blando movimiento.

XXII

Ya los estribos dora el claro día
Que, cual sueltas guedejas de una hermosa
Cabellera, á lo lejos Ande envía.
¡ El Ande ! vedlo allá ! firme reposa
En sus basas : su seno el oro cría.
¡ Oh ! cuando yazgan en la muda fosa
Las glorias de los míseros mortales,
Aun brillarán sus nieves eternales.

XXIII

Desde la Patagonia, que cernerse
La Cruz del Sur contempla esplendorosa,
Hasta do el Rocalloso va á perderse
En los eternos hielos de la Osa,
Su imperio ven los Andes extenderse ;
Y su testa levantan majestuosa,
Alumbrada de fúlgidos hachones,
Que dilatan al éter sus airones.

XXIV

Si el Ande agita la riscosa frente,
Treme de los mortales la morada,
Cual mecida de un soplo omnipotente,
Y las ciudades ruedan á la nada.
¿Quién esta mole levantó eminente,
Que ve á sus pies la tempestad airada
En negros nubarrones anidarse
Y en torrentes de fuego disiparse ?

XXV

¿Quién atiza esos hornos encendidos,
Cuyas entrañas bullen, y sustenta
Esas llamas que arrojan derretidos
Metal y azufre, en erupción violenta ?
Se rinden, se anonadan los sentidos ;
La creación aquí su nervio ostenta ;
La pujanza mirífica se siente
Del soberano brazo omnipotente.

XXVI

¡ Tú, que equilibras con tu peso el mundo,
Salud ! ya ven tus fértiles regiones
Su falda hollar al Héroe sin segundo,
Que guía de los libres los pendones.
Él te trae vida y porvenir fecundo
De Libertad con los opimos dones :
¡ Acalla el estampido de tu trueno ;
Modera el soplo de tu hirviente seno !

XXVII

El activo Barreiro viene al frente
De ejército arrogante, y se adelanta
La soberbia á aplastar del insurgente
Que ha osado—¡ ciego !—la atrevida planta
Poner en la región armipotente
Donde su trono el español levanta :
Segura ve del infeliz la ruína,
Y al oprobio y la muerte le destina.

XXVIII

Tercios nunca arrollados, que Oficiales
Aguerridos comandan,—vencedores,
En Bailén, de las haces imperiales,
Que, hechas bajo sus pasos triunfadores
Do quiera á quebrantar tronos reales,
Cejaron ante heroicos vengadores
De España, tan sufrida cual valiente,—
Vienen á debelar al insurgente.

XXIX

Marchan las regias huestes, inflamadas,
Seguras del laurel de la victoria ;
En sus armas bruñidas y argentadas
Relucen los fulgores de la gloria.
A otro esfuerzo, otras palmas conquistadas,
Y nuevas ovaciones de la historia :
Bulle en su corazón la confianza,
Brilla en su faz la luz de la esperanza.

XXX

En sus ricos vestidos los galones
Y la púrpura lucen á porfía ;
Se remecen sus trémulos airones
Al raudo soplo que la sierra envía.
Fogosos y belígeros bridones,
Que Sogamoso en sus dehesas cría,
Al eco dan relinchos resonantes
Y al céfiro sus crines ondeantes.

XXXI

Cubren sus armas fértiles cantones,
Que sus mieses les dan y sus llanuras ;
Las gentes les tributan provisiones,
O huyen á hundirse en lejas espesuras.
Nunca vieran aquellas poblaciones,
Inocentes, pacíficas y oscuras,
Ejército tan grande y poderoso,
Que de su pan las priva y su reposo.

XXXII

El soldado tiene oro, y su fiereza
Le dará más : los pueblos que su lanza
Sujete, serán suyos ; la belleza
Colmará de su pecho la esperanza.
¡ Dichosos ! los halaga la riqueza ;
Ofréndales sus cantos la alabanza ;
La fortuna les brinda con favores,
Y la dicha con fáciles amores.

XXXIII

« ¡ Ni Dios me quita la victoria ! » impío
Dice Barreiro, contemplando ufano
De sus huestes la copia y poderío :
Seguro de vencer, blasfema insano.
Tál hábil cazador, al ver el brío
De sus ágiles canes, en su mano
Ve al ciervo ya, que busca con presteza
Refugio en el capuz de la maleza.

XXXIV

La vanguardia ve en Paya los primeros
Enemigos, y empeña en correría
Ligera escaramusa. Los guerreros
De las pampas ensayan su osadía.
Sorprende al español de los llaneros
El arranque, el valor y bizarría.
¡ Buena muestra, soldados, de bravura !
Hermosos triunfos este ensayo augura....

XXXV

¿ Mas á qué hablar de triunfos ? Ni siquiera
Escapar podréis ya : sois un puñado
De moribundas sombras, que saliera
De la tumba, á un conjuro subyugado.
Desventurada suerte se os espera :
Luchar con un ejército adiestrado,
Abastecido y fuerte, es loco empeño ;
Pensar en triunfos, insensato sueño.

XXXVI

En desaliento tórnase y desvío
La fe que enardeciera á los valientes :
Mal pudiera arrostrar el crudo frío
El que pasó su vida en las ardientes
Pampas, allí do el sol de eterno estío
Rutila del Arauca en las corrientes,
En las arenas fúlgido chispea
Y la pesada atmósfera caldea.

XXXVII

Anda el triste soldado sin vestido ;
Y al soplo de la helada cordillera,
Tirita cabizbajo y aterido.
Írguese el hambre amenazante y fiera.
Vano fuera el clamor, vano el gemido :
La muda soledad en torno impera ;
Doquier inexploradas serranías
Y malezas incultas y sombrías.

XXXVIII

El sacerdote, en suplicante anhelo,
Aqueja á recurrir á rogativa
General, en demanda de consuelo.
« Amigos,» dice, « si la tierra esquíva
Todo auxilio, pidámoselo al Cielo :
Por vuestra Patria padecéis cautiva ;
Buscáis el bien : ¡ ay ! ¿ cómo á los oídos
De Dios no han de llegar vuestros gemidos ?

XXXIX

« En íntimo sollozo nuestro ruego
Elevemos al Ente soberano,
Que del ardiente patriotismo el fuego
Con la humildad no riñe del cristiano.
De mis amargas lágrimas el riego,
El ferviente clamor del pobre anciano,
El porfiado rogar de su alma en duelo,
¿ No moverán á compasión al Cielo ?»

XL

El caudillo otorgó su asentimiento.
Derrocábase Febo en Occidente:
En dos filas y en grave movimiento,
El ejército avanza lentamente.
Del atambor el compasado acento,
La moribunda luz del sol poniente,
La actitud silenciosa del soldado...
Todo era serio, triste y reposado.

XLI

Despierta en rededor eco lejano
De música marcial la voz sonora,
Como en las naves de un altar cristiano
Del órgano la nota gemidora.
Cierra la marcha el venerable anciano,
En cuya blanca barba el sol colora
Lágrimas que descienden abundantes
Y brillan como líquidos diamantes.

XLII

Todo era augusto y grave, cual lo era
La majestad tranquila de Natura;
Colmaba el alma compunción austera,
Viva lumbre de fe, vaga tristura.
Unidas van Amalia y la guerrera;
Como sus manos, juntan su amargura,
Bien cual unen dos tiernos corazones
En un foco de amor sus emociones.

XLIII

A un altar llegan, pobre y adornado
De helechos, musgo y flores. Se adelanta
El sacerdote, y cae prosternado
Cabe una cruz, que aislada se levanta,
Dominando la cima del collado.
El ejército entonce, ante la santa
Insignia, dobla la rodilla al suelo,
Y confusa plegaria suena al cielo.

XLIV

Amalia, en voz que Adulia escucha, exprime
Su corazón: « Atiende á el alma mía:
Apiádate de un pueblo á quien oprime
La cadena de fiera tiranía.
¿ Hasta cuándo, Señor, mi Patria gime
Bajo el dogal de esclavitud impía ?
Escucha, oh Dios, escucha mi lamento:
Yo la sierva seré del campamento;

XLV

« Acudiré al herido, al moribundo;
Dolencias calmaré, secaré el llanto;
Y todo por tu amor, ¡ oh Rey del mundo !
Abre el oído á nuestro humilde planto:
Piedad demanda un pueblo gemebundo,
A quien cobija del terror el manto,
La vara de los déspotas maltrata,
El patíbulo diezma, el hambre mata ! »

XLVI

« Hermana,» dice Adulia, «¡ qué enseñanza !
Yo soy una guerrera endurecida;
Sé tan sólo el manejo de la lanza
Y á mi esposo querer más que á mi vida.
Pero mi alma á admirar la tuya alcanza,
Tu alma sublime, á la virtud nacida,
Ya que la mía, adusta, se alimenta
Del combate, la muerte y la tormenta.

XLVII

« Deja, deja que te ame, dulce hermana ;
Digna de amarte soy : ¿ no habré heredado
Algo del corazón de Anacoana,
De temple regio, de virtud dechado ?
¡ Oh ley de la justicia soberana !
¿ Cómo pensar la mártir que, pasado
Largo tiempo, su muerte atroz, impía,
Un miembro de su raza vengaría ? »...

XLVIII

Suena la voz, en esto, del anciano.
Sobre elevada piedra el pie reposa :
La cruz asida en la derecha mano,
Semeja el Genio de la selva umbrosa.
« Por esta insignia que salvó al humano,
Jurad,» dice, « la sangre generosa
De vuestras venas dar por vuestros lares,
Vuestro Dios, vuestro honor, vuestros hogares ! »

XLIX

Vaga en las filas rumoroso acento,
Cual del trueno lejano el estampido :
Pronúnciase el solemne juramento.
El ángel de la América al oído
De Dios lo lleva en místico concento.
El Señor lo recibe complacido,
Y la augusta cabeza al pecho inclina :
Tiembla el Empíreo á la señal divina.

L

El arrebol trasparentó el semblante
Del apóstol marcial, cuya estatura
Se destacaba en el azul cambiante,
Cual la efigie del dios de la espesura.
Tál erguido peñón se alza arrogante
Del líquido elemento en la llanura,
Y de la tarde al rayo mortecino
Lo finge el pescador un dios marino.

CANTO SEXTO.

I

CON tardo pie, con paso falleciente
Llegan de Pisba al páramo bravío,
Do no cruza la sombra de un viviente,
Do todo es vago, estéril y sombrío.
Del sol el débil rayo es impotente
A rasgar de la niebla el velo frío,
Que envuelve entre sus pliegues el desierto,
Oscuro, silencioso, helado, muerto.

II

Muchos de los escuálidos soldados,
Impotentes á andar y á alimentarse,
A las musgosas piedras apoyados,
Su último aliento exhalan sin quejarse.
Sus labios, por el frío amoratados,
Vense con mustia risa dilatarse,
Risa sin vida, irónica, espantosa,
Como la luz que nace de una fosa.

III

La noble Amalia asoma por do quiera :
Consuela al triste, alienta al decaído ;
De la verdad amable mensajera,
Al que espira, de Dios le habla al oído.
Infatigable, dulce, placentera,
Hace el bien sin esfuerzo, sin rüído :
Fué siempre así la Caridad cristiana,
Único arrimo á la aflicción humana.

IV

Del cansancio y el hambre prisionero,
Ríndese á tierra el infeliz soldado ;
Y su flaco bridón deja el lancero
En la riscosa breña abandonado.
Era el orgullo el escuadrón llanero
Del ejército ; y héle ya acabado :
Pereció sin combate, como herido
Por los dardos de un Genio encruelecido.

V

Con tanto azar y tanta angustia en brega,
Patria y tiranos el soldado olvida;
El arma inútil á llevar se niega,
Y en la espesura déjala perdida.
¡ Oh ! siquiera muriese en la refriega,
No del hambre la muerte fementida,
Sin la anhelosa sed de la victoria,
Sin los dulces halagos de la gloria !

VI

Mas debéis padecer : el operario
De una idea de luz y de grandeza,
Lucha con el dolor por adversario,
Y en su camino con el mal tropieza.
¡ Ay ! toda redención pide un Calvario,
Y al Calvario se sube, la cabeza
De espinas punzadoras coronada,
Cruz á cuestas, la carne desgarrada.

VII

Pero en medio á tan honda desventura,
Cuando no hay más consuelo que la muerte,—
Único alivio al que el dolor apura,
Único escudo al dardo de la suerte ;
Ni una queja se escucha de amargura:
Cada cual sufre resignado y fuerte.
De la virtud genial prerogativa,—
El sacrificio su pujanza aviva.

VIII

En medio á tanto tétrico semblante,
Firme y serena elévase una frente;
Y allí do impera duda vacilante,
La fe en una alma bulle prepotente.
No desmaya Bolívar un instante.
—¿ Quieres calor que tu esperanza aliente ?
Contempla el brillo de su ardiente espada,
Recibe un rayo de su audaz mirada.

IX

¿ Qué le importa á la hoguera cuya llama
Al cielo, en espiral, su lengua lleva,
El huracán, que más y más la inflama,
Y ora al suelo la abate, ora la eleva?
¿ Qué al genio, al bien nacido y á la fama,
De los peligros y el dolor la prueba ?
La áspera lucha su firmeza abona,
La adversidad le labra su corona.

X

El león á quien ladra una jauría,
La mira con desprecio soberano :
Él en su fuerza y su valor confía ;
Los viles canes lucharán en vano.
El Héroe un rayo de su genio envía
Del porvenir al término lejano,
Y por cima del hado furibundo
Contempla su obra—¡ redimido un mundo !

XI

La parda sombra á paso lento avanza,
Y las angustias y el pavor aumenta.
La luz es un consuelo, una esperanza ;
Mas hé aquí que la noche se presenta,
Cuando el peligro en torno se abalanza,
Cual reto que las almas amedrenta.
La negra oscuridad y el frío inerte
Trasunto son perfecto de la muerte.

XII

Y ni un signo de vida, ni un sonido :
Ni canto de ave, ni rugir de fiera
Ni de la oveja el lánguido balido ;
Sólo el silencio de la tumba impera.
Bello será morir entre el rüido,
Cuando la gloria aplaude lisonjera ;
Pero en un yermo estéril y sombrío
Será triste morir, morir de frío.

XIII

Con arbustos y secos frailejones
Grandes hogueras alzan los soldados,
Y agrúpanse al redor en pelotones.
Por las humosas llamas alumbrados,
Semejan las fatídicas visiones
Engendros de cerebros alterados :
El brillo de la llama azul-verdoso
Aspecto les imprime pavoroso.

XIV

Amalia, atenta á su labor cristiana,
No se acobarda al riguroso ambiente,
Ni al horror de la noche se amilana,
Ni dobla al peso del dolor su frente.
Sus pasos sigue Adulia, y, la mañana
Próxima ya, consigue que se siente
A su lado, y á fuer de tierna amiga,
La colma de cuidados y la abriga.

XV

« Cierta vez me dijiste alguna cosa
De Anacoana ; y quiero, hermana mía,
Esa historia saber : estoy curiosa,»
Amalia dice. « Mientras viene el día,
Ya que el sueño de su ala generosa
Nos ha negado la caricia pía,
Cuéntame eso : amo yo las tradiciones
Del antiguo esplendor de estas regiones.»

XVI

Dice Adulia : « En mi tribu se relata
Con especial empeño cierta historia,
Que á nuestros enemigos fiel retrata
Y en nuestra mente graba su memoria.
Ella al través del tiempo se dilata
Cual eco de venganza, ó bien de gloria :
De labios de mi madre yo la oía,
En su regazo, niña todavía.

XVII

« Era la época aciaga y tormentosa
En que las huestes pérfidas de España
De América, sencilla cuanto hermosa,
Se apoderaban con violenta saña.
De una isla, del sol risueña esposa,
Que el mar Caribe enámorado baña,
Era cacique un venerable anciano,
Inocente varón, humilde y sano.

XVIII

« Inspirado en la astucia castellana,
Le hace subir en su corcel Hojeda,
Y á la costa condúcele cercana
Por escabrosa y rápida vereda.
Ama el fiero español á Anacoana,
Esposa del cacique : sola queda.
¿ A manos del raptor, en el vïaje,
Murió el sencillo y tímido salvaje ?

XIX

« ¿ O á la Corte lleváronle, aherrojado,
Como vendible siervo, ó delincuente ?
¿ O en el mar pereció, tal vez ahogado,
Tal vez al hierro de alevosa gente ?...
¡ Insondable misterio !—Ella al cuidado
Se entregó de su hija, la inocente
Y púdica Corima, como el padre
Sencilla, y hechicera cual la madre.

XX

« Anacoana no era una salvaje
Corruptible y oscura : virtüosa,
Muerto el esposo, le guardó homenaje,
Fiel de vïuda cual lo fué de esposa.
Su alma á las Musas les brindó hospedaje :
Cantó en su arpa, casta y melodiosa,
De su amor el encanto y la pureza
Y de su patria la sin par belleza.

XXI

« Ni era aquella región una guarida
De miserables hordas, que arrastraran
En el ocio y los crímenes su vida,
Y á la guerra feroz se abandonaran.
De los caciques la imperial manida,
En que el lujo y las artes desplegaran
De antiguo su esplendor, hermosa era,—
Palacio de oro, jaspes y madera.

XXII

« Era Corima un ángel de pureza,
Nieve irisada al lampo de la aurora,
Flor que su cáliz á entreabrir empieza
Requerida del aura gemidora.
Amaba y era amada : su belleza
De Guevara en el alma soñadora
Fuego de amor purísimo encendía,
Ardiente como el sol del medio día.

XXIII

« Anacoana su secreto sabe,
Y en su pasión, sin vacilar, consiente:
Agrádala el garzón,—cortés, süave;
Porte gallardo, candorosa frente.
Y la dulce Corima, como el ave
Que arrulla sus amores inocente,
Cielos sin nubes, casta dicha sueña,
Embelesada en su ilusión la isleña.—

XXIV

« Es ya Corima la feliz esposa
Del español.—Era una tibia tarde:
Pasea la pareja venturosa,
Tal vez haciendo de su dicha alarde.
El blando aliento de la selva umbrosa;
El sol poniente, que entre púrpura arde;
El mar, que brilla al nítido reflejo
Del arrebol, cual reluciente espejo;

XXV

« Todo armoniza con la limpia estrella
De la copia feliz, amante y pura,
En que el primer amor vivaz destella
En todo el esplendor de su ventura.
Tan candorosa como dulce y bella,
Corima, en el afán de su ternura,
Estrecha el brazo del gentil Guevara,
Como si alguien su amor la arrebatara.

XXVI

« Mas en este momento unos sayones
De Roldán los rodean : sorprendido,
El joven les exige las razones
De aquello. Y ' Hemos,' dícenle, ' venido
Por orden de Roldán.' ' ¿Qué pretensiones
Podrá abrigar este hombre fementido ?
Temo de él : le conozco demasiado,'
Piensa Guevara, puesto ya en cuidado.

XXVII

« Anacoana acude balbuciente;
Tiembla Corima. ' No temáis ' Guevara
Les suplica ; ' conozco yo á esta gente,
Y la sé manejar.' Y se separa
Con ellos un instante. Incontinente
Vuélvese á ellas con risueña cara.
' ¿ No os lo dije ? Son míos : con el oro
Se vence á esta canalla sin decoro.'

XXVIII

« Impaciente Roldán, al otro día
De su enemigo la llegada espera.
' No puedo soportar la felonía,'
Murmura, ' de ese mozo calavera :
Quizá, sin él, Corima fuera mía.
¡ Ay ! sin su caro amor, más me valiera
El mando abandonar...Pero estoy loco ;
O triunfo en este lance, ó valgo poco.

XXIX

'¡Ah! por el corazón de la insulana
Diera el poder, y honores y riqueza;
¿Y sufriré que un niño tarambana
Goce de ese tesoro de belleza?...
Pero ya están aquí...¡qué de mañana!'
Sale á su encuentro con vivaz presteza.
'¡Viva Guevara!' gritan los soldados,
Los mismos por Roldán asalariados.

XXX

« Sorprendido y colérico, á aquel lado
Vuela á imponer Roldán con su presencia.
Del joven á una seña es desarmado,
Y á prisión reducido sin clemencia.
Gobernador Guevara es aclamado:
El déspota agoniza de impaciencia,
Y se retuerce cual serpiente herida
Que en vano busca á su furor salida.

XXXI

« Pero, taimado, finge compostura,
Y viste á su rencor calma aparente.
Llama al joven Guevara, y con dulzura
'Sois,' le dice, 'señor, un imprudente:
¿No comprendéis que si el peligro apura,
Pediré auxilio, y me vendrá más gente?
Hagamos, pues, las paces: exigidme
Cuanto queráis, y el mando restituídme.'

XXXII

« Respóndele Guevara : ' Nada os pido ;
Cifro yo mi ambición en poca cosa:
Sólo que me dejéis, en grato olvido,
Vivir en paz al lado de mi esposa.'
' ¿ Vuestra esposa ?' Roldán dice aturdido.
' Sí, ¿ no sabéis que la hija de la hermosa
Anacoana me entregó su mano ?'
Tiembla de rabia y celos el tirano.

XXXIII

« Mas disimula, y todo se conviene :
El joven del gobierno se separa ;
Premia á los suyos, y el motín contiene,
Y á unirse torna á su Corima cara.—
A menudo Roldán á verlos viene,
De Corima prendado y de Guevara ;
Y de cordial cariño en prueba, apresta,
En honra de los dos, pomposa fiesta.

XXXIV

« A las tribus invita Anacoana.
El día llega. Muchos inocentes
Isleños, de la tierra comarcana,
Acuden á la cita, diligentes :
Anhelan ver la fiesta castellana.
Aquellas buenas y sencillas gentes
Se extasiaban mirando la belleza
Del español, su pompa y gentileza.

XXXV

« Bello estaba el palacio : en un cercado
Rico de fuentes, árboles y flores,
Y de hermosos naranjos sombreado,
Do las aves trinaban sus amores,
Había Anacoana aderezado
Espléndido festín á sus señores :
Por las erguidas palmas, de hoja llenas,
El sol su rayo penetraba apenas.

XXXVI

« El banquete fué regio : la alegría
Colmaba los abiertos corazones ;
El rico vino que la palma cría
Rebosaba de anchísimos tazones
Guarnecidos de oro y pedrería.
Tributaban las hembras sus canciones
A aquellos dulces, plácidos mortales,
Hijos tal vez de seres celestiales.

XXXVII

« Terminado el festín y los cantares,
Los españoles forman en el llano,
Y ensayan ejercicios militares
Que nunca viera el pueblo americano.
Todo alelaba á aquellos insulares :
La presteza y beldad del castellano,
El compasado andar de los corceles,
El brillo de las cuentas y oropeles...

XXXVIII

« Ya descendía el sol al Occidente ;
Su lumbre abrillantaba la llanura
Del terso mar, tranquilo y reluciente ;
Reconcentraba su esplendor Natura.
A las pálidas luces del poniente,
El palacio, engastado en la verdura,
Semejaba,—bañado en viva gualda,—
Un grano de oro en plancha de esmeralda.

XXXIX

« ¡ Qué encantos en la tierra y en el cielo !
¡ Qué aromas en la brisa ! ¡ qué limpieza
Del mar dormido en el cerúleo velo !
En la luz y en las aguas, ¡ qué pureza !
¡ Cuán tierna fe, sin mezcla de recelo !
¡ Cuán íntimo cariño ! ¡ qué franqueza !...
De su esposo en el seno reclinada,
Corima sonreía embelesada.

XL

' ¿ Me amas ?' dice la niña encantadora,
En apagada voz, como el gemido
Que suspira paloma arrulladora.
Y no decía más ; pero esa ha sido
Siempre de Amor la frase arrobadora.
Guevara la contempla embebecido ;
Y los mira Roldán con ojo hiriente,
Como de un nido al lado, la serpiente.

XLI

« Golpea el pomo de su espada : ésa era
La funesta señal. Súbito avanza
Aquella turba desalmada y fiera,
Y á los inermes *indios* con la lanza
Hiere cruel, sin respetar siquiera
Al sexo débil. ¡ Qué ira ! ¡ qué aviltanza !...
Huye la multitud en ciego espanto :
Todo es gemido, y confusión y llanto.

XLII

« Guevara, sorprendido y aterrado,
Se arroja en medio de la turba impía,
De contener ansioso el atentado ;
Pero, ebrios de feroz carnicería,
A nada atienden, ciegos como el hado
Que á la virgen América oprimía :
El oro,—nuestro dón caro y maldito,—
Los empujaba ¡ infames ! al delito.

XLIII

« Alza en torno los ojos, y repente
Ve la humareda que el palacio lanza :
El crimen de Roldán mira patente,—
Su envidia, su traición y su venganza.
Sed de la sangre del malvado siente ;
Pero no es tiempo ya : vuela á la estanza
De Corima, á salvarla de ese infierno,
Víctima de su amor, tan noble y tierno.

XLIV

« En sus brazos la toma; Anacoana
Le sigue ; mas de pronto el pavimento
Se hunde, y la augusta reina americana
Cae, envuelta en el pérfido elemento.
Toda esperanza de salvarla es vana :
Corima rueda á tierra sin aliento ;
Y Guevara, perdidos rumbo y tino,
En un boscaje ocúltala vecino.

LXV

« De Corima nosotros descendemos,
Y en mis bosques su nombre se venera :
Perpetuar su memoria pretendemos
En nuestra tribu indómita y guerrera.
Al delincuente franco le absolvemos,
Mas nunca al reo de perfidia artera:
Serán tal vez feroces mis hermanos,
Pero jamás traidores ni villanos.»

XLVI

Dijo Adulia.—A morir la llama empieza ;
Dora las cumbres el albor del día.
Apoyada en un tronco la cabeza,
El sacerdote en dulce paz dormía.
Amalia suspiraba de tristeza,
Y en sus brazos Estrada la oprimía.
Antonio contemplaba, de pie á un lado,
Aquel hermoso grupo, embelesado.

CANTO SEPTIMO.

I

AL despuntar el sol, á la partida
Previénese la tropa: es necesario
Salvar los restos últimos de vida
Huyendo de aquel yermo solitario.
El ave de rapiña, enhambrecida,
En espiral desciende, legatario
De los despojos de la muerte airada,
Que allí cebó los filos de su espada.

II

Preséntase á Bolivar un soldado
Que fugitivo va del enemigo.
« Yo,» le dice, « señor, fuí *reclutado*
De mi odio á los tiranos en castigo.
Fingí haber mi opinión abandonado ;
Confianza inspiré de fiel amigo,
Y logré conseguir tal ascendiente,
Que á mi fuga no tuve inconveniente.

III

« Vuéstro soy. A aspirar tan sólo alcanza
Mi corazón á honrada y digna muerte :
De triunfar yo no abrigo la esperanza ;
Nada habrá que del yugo nos liberte.
Veo aquí sólo espectros, y ya avanza
A nosotros Barreiro, audaz y fuerte :
Contrastar su pujanza es temerario,
Un sacrificio fuera voluntario.

IV

« No os forjéis ilusiones : lucharemos,
Mas cual la nave en su última agonía,
Perdidos ya las lonas y los remos ;
No hay ni un *acaso*, en que el valor se fía.
¡ Ah ! ¿ por qué á Casanare no volvemos,
Y aguardamos allí propicio día ?
¿ De espectros venceréis con un puñado
Un ejército fuerte y descansado ?

V

« Vuestro escuadrón ¿dó esta? ¿dó está su brío?
Despareció al tocar la cordillera :
A pie, el llanero es débil y tardío ;
Su valor en los riscos degenera.
Los veo desmayar de hambre y de frío,
Sin esperanza de vivir siquiera.
Decid, decid, señor : ¿ qué batallones
Opondréis de Barreiro á las legiones ?

VI

« Aquí veo la angustia, el desaliento,
La desnudez, del hambre la aspereza :
Como nube de polvo por el viento,
Ya vuestra tropa á disiparse empieza.
Holgura he visto allá, vigor, contento,
El lujo, la abundancia y la riqueza;
Nada temen, anhelan, impacientes,
Medirse con los locos insurgentes.

VII

« El Virey á Barreiro le sustenta,
Dueño de los tesoros de Granada;
Y con recurso alguno aquí se cuenta :
La cordillera atrás, desierta, helada,
Donde sólo la muerte se apacienta;
Adelante, la guerra, el caos, la nada,
Y poblaciones pérfidas acaso...
¡ Por Dios, señor, no adelantéis un paso !»

VIII

Calla.—De todos píntanse en la frente
La tristeza, el terror y la amargura ;
Y algunos hablan de volverse á Oriente,
A las libres comarcas de Angostura.
Dice uno, suspirando tristemente :
« Siempre esta empresa la juzgué locura,
Empresa la juzgué de aventureros,
Y tumba abierta á devorar guerreros.

IX

« El ciego arrojo á muerte nos condena,
A muerte sin honor, sin fruto, impía.
Ilusoria aprensión no me enajena,
Ni es que me obligue á hablar la cobardía :
Siempre el riesgo arrostré con faz serena.
La locura jamás fué valentía.
Nuestra vida á la Patria pertenece :
Perezcamos aquí, y ella perece.»

X

Al ejército invade el desaliento;
La turbación abate á los soldados,
Ya de tanta fatiga y sufrimiento,
Y de tantas desgracias, aterrados.
Sordo rumor resuena, como el viento
Cuando ronda por bosques apiñados,
Y, gimiendo en ramosas oquedades,
Augur infausto, anuncia tempestades.

XI

Ase el Héroe del Iris la bandera ;
Del ejército pónese delante,
Y « ¡ Amigos ! ¡ la victoria nos espera !»
Exclama en voz enérgica y vibrante.
« ¿ Por qué vano temor así os impera ?
De vuestras armas el fulgor radiante
Cubrirá un mundo. En alas de la guerra
Iréis á ignota y generosa tierra.

XII

« Yo os llevaré de Manco á las regiones,—
Por luz la gloria, Libertad por guía.
¡ El Potosí verá nuestros pendones !...»
«¡ Ay !» dice alguno: «Adiós (¡ oh suerte impía!)
¡ Adiós nuestras postreras ilusiones !
Bolívar está loco !...»—Fulgecía,
Como del sol en la inflamada cumbre,
En los ojos del Héroe hirviente lumbre.

XIII

« Al Sur !» prosigue, « al Sur ! Valor y aliento !
Os juro por este Iris, que en mi mano
Viene desde Orinoco, que en violento
Empuje arrollaréis al castellano.
De vuestra gloria veo el monumento ;
Me deslumbra su brillo soberano,
Y la grandeza de su mole abate
Mi corazón...¡ Soldados ! ¡ al combate !»

XIV

Arde en su frente del poder la llama,
Y el misterioso fuego se trasmite
A los guerreros, cuyo pecho inflama :
El entusiasmo con la fe compite.
« ¡ Bien ! ¡ muramos con él !» alguno exclama ;
«¡ Con él muramos !» cada cual repite,
Y «¡ Muramos con él !» la serranía
También devuelve en sorda vocería.

XV

Y se ponen en marcha, alegres, luégo,
Como quien busca plácida aventura :
Por sobre ellos pasó del genio el fuego,
Y la escoria lamió de su amargura.
Del cielo, así, la llama, en raudo riego,
Bája á absorber la emanación impura
Que á profanar los célicos cristales
Subió de la mansión de los mortales.

XVI

Pronto se encuentran de Barreiro al frente ;
Ya están de Socha en los amenos llanos.
El Héroe, infatigable y diligente,
Pone en acción los pueblos comarcanos.
Vienen á él labriegos diariamente,
Que luégo son expertos veteranos:
Armas faltan, pero él sabrá allegarlas ;
Piensa en los parques de Barreiro hallarlas.

XVII

Sabe éste que Bolívar adelanta,
Y observadores á espiarle envía :
Notan la calidad de tropa, y cuánta,
Y le informan de todo al otro día.
Ríe él de intento tal y audacia tanta,
Y otra vez jura que ni Dios podría
Arrebatarle el triunfo: está impaciente
Por hollar la cerviz del insurgente.

XVIII

Todo se mueve, hasta la humilde aldea.
¡ Ah ! ¿ qué importa el estrago, qué la muerte
Que el opresor esparce á filo y tea ?
Es preferible al yugo el sueño inerte.
El Héroe brazos y recursos crea ;
Todo lo vivifica, á todo advierte ;
Y en las almas mantiene activo el fuego
Que no comporta trabas ni sosiego.

XIX

Viene á Bolívar una anciana un día,
Con un mancebo, casi niño, al lado.
« Señor,» dice, « cinco hijos yo tenía :
Cuatro su sangre por la Patria han dado ;
Quedábame éste, mi única alegría,
El solo apoyo á mi vivir cansado,
Y os le entrego, señor : siga el camino
De los otros, su ejemplo y su destino.»

XX

Abrazándola, el alma enternecida,
« Bien lo sé,» dice : « cuando Dios decreta
Que un pueblo aspire el aura de la vida,
Héroes prepara en gestación secreta,
Como las aguas en la roca herida
Al golpe de la vara del Profeta.
¡ Feliz el adalid de causa santa
Que almas enciende, obstáculos quebranta !»

XXI

Alborozado el joven corre fuera,
Y es al punto en las filas admitido.
La anciana se retira placentera,
Sin exhalar sus labios un gemido.
¡ Ay ! el hambre tal vez cruel la espera ;
Pero el recuerdo del deber cumplido
En su alma vivirá, como el aroma
Que la virtud reserva en su redoma.

XXII

El ejército está resucitado :
El llanero previene su montura ;
Recupera sus bríos el soldado ;
Disípanse los nublos de amargura.
Todo Bolívar, todo lo ha creado.
Así, tras noche tétrica y oscura,
El sol, desde el perfil de enhiesta cumbre,
Regala al prado bienhechora lumbre.

XXIII

Ya Durán sorprendió un destacamento
En Corrales, á rápida carrera ;
Y Briceño rechaza al campamento
Parte del enemigo. Mas modera,
Oh noble Ascanio, tu ímpetu violento...
Pero ¡ ay ! tu compañía prisionera
Queda, y tus camaradas son atados,
Espalda con espalda, y lanceados.

XXIV

Y, con befa burlándose inclemente,
Así atados los dejan. Uno alienta,
Y que sus carnes apedaza siente
Un buitre, que ahuyentar en vano intenta,
Porque, atado á un cadáver, impotente
Es á apartar aquella fiera hambrienta,
Que en sus carnes se ceba encruelecida,
Hasta privarle al cabo de la vida.

XXV

Estréllanse los bravos campeones
De Tópaga en la roca, donde espera
Barreiro con sus frescos batallones.
Allí dejaste, al pie de la trinchera,
Arredondo, tu vida ; en los girones,
Oh tú, Carballo fiel, de la bandera
Confiada á tu honor, caíste inerte,
Digno sudario de tu noble muerte.

XXVI

—¡ Oh ! viviese mi verso eternamente
De la sagrada Patria en la memoria,
Y con él vuestro nombre refulgente
Traspasara los lindes de la historia !
¡ Cruzara mi cantar de gente en gente,
Débil tributo á la sidérea gloria
De aquéllos que honra y libertad nos dieron,
Y en duro bronce hazañas esculpieron !...—

XXVII

Juzga Bolívar arriesgado intento
El expugnar aquella cortadura,
Que en bien trabado y sólido cimiento
Su mole enhiesta sobre roca dura ;
Y se retira, y fija el campamento,
A trecho corto, en la feraz llanura.
A la sazón agonizaba el día,
Y la luna su frente descubría.

XXVIII

De conocer ansiosa la guerrera
La historia y las antiguas tradiciones
De las gentes de aquella cordillera,
A Matías le pide explicaciones.
« Esta región,» la dice al punto él, « era
Asiento de opulentas poblaciones :
De aquí no lejos yace Sogamoso,
Do alzóse al sol altar esplendoroso.

XXIX

« Pero el gran templó sucumbió á la llama
De desastroso incendio, en negro día :
Él rico archivo pereció allí, es fama,
Que la historia de un mundo contenía.
Ese templo teatro fué de un drama
Que á relatarte voy, amiga mía ;
Fué el final de una larga y negra lucha
De mucha sangre y de desgracia mucha.

XXX

« Ya de los chibchas el imperio muere
Del castellano bajo el hierro injusto ;
Nada hay allí que su ímpetu modere ;
Gimen los pueblos en funéreo susto.
Pero aun vive Tundama, y él prefiere
La muerte á permitir que el templo augusto,
Santuario de naciones soberanas,
Huellas impuras manchen y profanas.

XXXI

« Sugamuxi era entonces del imperio
El Sumo Sacerdote ; y su esperanza
El pueblo en el sagrado ministerio
Cifraba, y de su dios en la alïanza.
Mas Sugamuxi tiembla : á su criterio,
No merece tan alta confianza :
Negros recuerdos su conciencia oprimen
De un escondido y vergonzoso crimen.

XXXII

« El Sumo Sacerdote ser debía
Célibe ; y él, de joven, en oculto,
De Teleuta gozó la compañía.
Luégo, ambicioso de regir el culto,
Abandona á su esposa, que tenía
Un hijo ya, del hambre al vil insulto.
Engañadas las tribus, el modelo
En él acatan del querer del Cielo.

XXXIII

« A los combates al partir Tundama
En defensa del dios de sus mayores,
Le entrega á Sugamuxi á Dorisama,
Renuevo de legítimos amores.
Él quiere que, primero que su llama
Ceben en ella infames pretensores,
Corra su hija la suerte de las bellas
Hijas del sol, castísimas doncellas.

XXXIV

« Pero la virgen á Atalmín adora,
Arrogante garzón desconocido :
En un bosque se vieron á deshora,
Y Amor prendió sus almas encendido.
Quién es su amante Dorisama ignora ;
Sólo sabe que inflama su sentido,
Que es su apostura dulce y hechicera
Cual ensueño infantil que el ojo viera.

XXXV

« Era Atalmín un *Moxa* destinado
Al luminoso dios en sacrificio ;
Y del altar moraba siempre al lado,
Al ayuno sujeto y al cilicio.
El Consejo revela que, irritado,
El dios exige un Moxa, en beneficio
De la Nación y el templo, que las olas
Ya invaden de las huestes españolas.

XXXVI

« Señala al joven Atalmín la suerte ;
Mas Sugamuxi, al ver su rostro y talla,
Se resiste, apiadado, á darle muerte,
Y el cuchillo depone, y llora, y calla.
Pero Tundama urge : el pueblo, inerte,
Pide, para salir á la batalla,
La augusta ceremonia que ha exigido
El dios, de sus pecados ofendido.

XXXVII

« Sugamuxi, en el colmo de su pena,
Depone la sagrada vestidura,
Y, de fuego marcial el alma llena,
Ciñe de Nemequene la armadura,
Y sale al campo. Mas, rabiosa hiena,
Avanza el español, y en su bravura
Arrolla todo cuanto fiero ataca,
E invade, raudo, la región de Iraca.

XXXVIII

« Rehusan los soldados en pelea
Entrar, porque no se ha sacrificado
La víctima que el dios cruel desea,
Y tiemblan su tremendo desagrado.
Y no parece el Sacerdote. Idea
Dorisama un ardid : busca á su amado,
Y á cubrirse le obliga con el velo
Que al partir Sugamuxi arrojó al suelo.

XXXIX

« Engañado su amante, ella, vestida
Con el que usan los Moxas traje austero,
Preséntase, resuelta á dar su vida
Por su patria, á la faz del pueblo entero.
Piensan que ésa es la víctima escogida ;
Mas, al ir á asestarle el golpe fiero,
La conoce Atalmín. ' ¡ Cruel !' exclama ;
' ¿ Y pudiste pensar ?...¡ Ay ! ¡ Dorisama !'

XL

« No dice más : despavorido calla.
Dorisama respóndele : ' La plebe
Tomar rehusa parte en la batalla :
Ciega superstición su instinto mueve.
Traigo un cuchillo : si en tu seno estalla
Vana piedad, si el brazo no se atreve...
Cómo le hundo, verás, entre mi pecho ;
Y nada por la patria habremos hecho.'

XLI

« Mas llegan el Pontífice y Tundama
En este instante ; y el ardid insano
Se frustra de la noble Dorisama.
De ellos en pos avanza el castellano ;
Y el pueblo, tumultuado en torno, exclama
Que ofendido está el dios, porque fué en vano,
De la patria y el templo en beneficio,
Que pidiese del Moxa el sacrificio.

XLII

" Tundama responsable al infelice
Le hace de tanto mal, de oprobio tanto.
' Una falsa piedad, señor,' le dice,
' Consumar os impide el rito santo.
El ejército en vano yo rehice :
Huye del invasor, ciego de espanto.
¡ Ay ! en ruinas la patria ya contemplo,
Y envilecido y arrasado el templo !'

XLIII

' Venga, pues,' Sugamuxi, delirante,
Dice, su pecho henchido en ira fiera ;
' Venga, pues, Atalmín, y en este instante...
¿ Cómo es posible que á mis manos muera,
Si es tan bello y tan dulce su semblante ?...
Sacerdotes, decid, ¿ no habrá quien quiera
Aceptar esta tiara maldecida,
Ambición y suplicio de mi vida ?'... 8

XLIV

« Los levitas conducen ante el ara
La víctima infeliz que eligió el Cielo:
Todo á la ceremonia se prepara,
Y principian los cánticos de duelo.
Sugamuxi á herir va ; pero repara,
Al levantar del Moxa el pardo velo,
En una joya que en su cuello brilla,
Y lejos lanza, al punto, la cuchilla.

XLV

'¿ Cómo hubiste esa joya ?' tremulento
Murmura Sugamuxi. '¡ Funesto hado !
¡ Teleuta !...¡ Qué recuerdos !...¡ Qué tormento !'
'A mi madre, señor, habéis nombrado,'
Dice Atalmín. Y en gemebundo acento,
'¿ Dó está tu madre ?' exclama el desgraciado.
—'Hace años que murió.' 'Jamás,' me dijo,
'De mí le hables á nadie, dulce hijo;

XLVI

'Ni reveles tu historia. Yo perdono
Al autor de tu vida y de mi suerte.
En mi triste pobreza y mi abandono,
Sólo puedo, hijo mío, concederte
Esta prenda de amor...tal vez de encono.
No la muestres á nadie ; hasta tu muerte
Consérvala en memoria de tu madre ;
Y acaso...pero no : no tienes padre !'

XLVII

'Cubriéndome de besos, y mi frente
Bañando con sus lágrimas, espira.'
Sugamuxi, tembloso y balbuciente,
Sin proferir palabra, al cielo mira.
Fija en el Moxa su mirada hiriente,
'En qué momentos,' dice, (¡ oh suerte ! ¡oh ira !)
Te conozco, hijo, á quien tu padre ingrato
Por vanas glorias te trocó insensato !'...

XLVIII

« Mas de la hueste castellana el ruído
Ya se oye; y el ejército no quiere
Salir al campo, porque no han cumplido
La orden del dios. Tundama grita : '¡ Muere
La patria, Sugamuxi !'—Hondo gemido
Él exhalando, clama : '¿ Quién profiere
Palabra tal?... ¡ Oh ! no... Hiéndase el mundo,
Y en su abismo sepúlteme profundo !'

XLIX

« Y el sagrado cuchillo al punto clava
En la garganta de Atalmín su mano,
Y en la inocente sangre el mármol lava....
Vuelan á combatir ; mas todo en vano :
Del arcabuz el plomo los acaba.
Al sentir Sugamuxi al castellano,
Con el cuchillo, tibio aún, se hiere ;
Incendia el templo, y en las llamas muere ! »

CANTO OCTAVO.

I

ENFRENTE al español, en la llanura
De Bonza, el Héroe, al despuntar del día,
Fija la planta ; y en marcial bravura
Arden un campo y otro, y saña impía.
Así dos nubes, de tormenta oscura
Preñadas, frente á frente, en cercanía,
A descargar están, en bronco trueno,
Prontas el rayo que engendró su seno.

II

Como de aves viajeras la bandada
El llano cubre cual pintado velo,
Y á lo lejos la tierra matizada
Se muestra al dominar la luna el cielo ;
La multitud, en torno derramada,
Cubre vasta porción del verde suelo,
Y del naciente sol á la primera
Sonrisa, en visos bulle la pradera.

III

La vocería vaga y rumorosa ;
Del corcel el relincho, que, impaciente
De salir al combate, no reposa ;
De las trompetas el clangor hiriente :
Todo resuena en mezcla bulliciosa.
Tál cuando el mar la tempestad presiente,
El trueno, sordo, en rededor retumba,
Y en la cóncava costa el viento zumba.

IV

Ya el ejército en fila se presenta :
El arma al brazo van los contendientes ;
Presto el oído, la mirada atenta,
La voz de ataque aguardan impacientes.
Estragos amenaza la tormenta
Y envolver bajo su ala á los vivientes.
¡ Tremendo instante aquel ! despavorida,
El alma advierte el linde de la vida.

V

¿ Conocéis la emoción que el seno altera
Cuando asoma la muerte su semblante,
Y del ataque la señal se espera,
Y en las armas el sol brilla radiante ?
¿ Quién una bendición no da postrera
Al dulce hogar, tan dulce en ese instante ?
¿ Quién los recuerdos de su amor no evoca ?
¡Ay! ¿quién no piensa en Dios? ¿quién no le invoca?...

VI

Bolívar se adelanta cauteloso,
Y ve la posición del adversario.
Sus tenientes, hastiados del reposo,
Piden el combatir ; mas temerario
Juzga entonce el ataque y peligroso,
Y allegar más recursos necesario :
A resguardado punto se retira,
En mejor ocasión puesta la mira.

VII

La actividad del Héroe de verse era
En sus forzadas treguas de sosiego :
Mensajeros reparte por do quiera,
Que á encender vayan el sagrado fuego.
Se acoge de la Patria á la bandera
Hasta el humilde y tímido labriego ;
Acuden á placer de toda parte
Gentes que ignoran el horror de Marte.

VIII

Héroes engendra, cierto, el despotismo :
Aquella plebe, poco tiempo había,
Ajena á la noción del patriotismo,
Recibió al español con alegría.
Mas la infamia que marca el servilismo,
Y el crimen, la crueldad, la tiranía,
Les abrieron los ojos á la lumbre,
Y hoy les inspira horror la servidumbre.

IX

Del enemigo ejército á la vista,
Que algún descuido aprovechar desea,
Al novicio recluta se le alista
Al manejo del arma, á la pelea.
Aquel contraste, á la verdad, atrista,—
Ímprobo esfuerzo, desigual tarea :
De este lado, el pacífico aldeano ;
De aquél, el aguerrido veterano.

X

Temiendo que á favor de la tardanza
El español refuerce sus legiones,
Le provoca Bolívar; mas no alcanza
Que abandone sus fuertes posiciones.
Quizás aquél esquíva en la esperanza
De que le lleguen nuevos batallones :
Urge un combate ; acaso la demora
Pueda funesta ser, hora por hora.

XI

Como el toro feroz que, reducido
En el toril, por combatir porfía,
Y escarva y bufa, en cólera encendido,
Tál el llanero la batalla ansía.
La brida al diente, en el arzón tendido,
En torno al español, le desafía :
La tardanza sus iras estimula ;
Su indómito furor no disimula.

XII

No son ya los espectros que, de frío
Fallecientes, la andina cordillera
Vió aparecer de súbito,—sin brío,
Sin entusiasmo ya, sin fe siquiera.
Del ardiente caudillo al albedrío
Despiertan. Al volver la primavera,
Así el arbusto que abatiera el hielo,
Se irgue al calor que le regala el cielo.

XIII

Hábil ginete en varia curva gira,
Su bridón adiestrando, por el llano,
Y tras el toro que á distancia mira
Párte, la lanza en la fornida mano.
La ociosidad reniega, ardiendo en ira,
En que le pone el miedo del hispano,
Que, de trinchera altísima cubierto,
El combate rehusa á campo abierto.

XIV

Así el águila ronda en giro suave
En torno al peñascal de la alta roca,
Y de la cueva, donde apenas cabe
La sierpe, al pasar cerca, la provoca;
Pero ella, en perseguir tan diestra el ave
Inerme, ahora cuando allí la abroca
La reina del espacio, se intimida,
Y el luengo cuello encoge pavorida.

XV

Vosotros que á vuestra ira destructora
Varones inmoláis esclarecidos,
Que en duelo funeral la Patria llora,
A la virtud y á la verdad nacidos;
Los que, en saña cruel que el tigre ignora,
Acalláis de las viudas los gemidos,
Sacad, sacad á luz vuestros furores,
Ya que al frente tenéis competidores.

XVI

Pero no es el temor lo que la espada
Detiene de Barreiro, que confía
En su aguerrida hueste, acostumbrada
A ostentar su gallarda valentía:
Él prometió, juró vencer; y nada
Podrá aplazar de su victoria el día;
Con esforzados campeones cuenta,
Expertos á vencer en lid sangrienta.

XVII

Prudente tino su ímpetu modera ;
La victoria no tiene aun bien segura :
Un esfuerzo de Sámano se espera,
Y aguardar breves días es cordura.
Por eso insulto y vejación tolera.
¡ Ay del soldado audaz que á la ventura
Provocar del León las iras osa,
Cuando alargue él su garra poderosa !

XVIII

Y tal teme el caudillo americano :
Abierta está de Santafé la vía,
Y un auxilio vendrále al castellano
Que la victoria retardar podría.
Hay que arriesgarlo todo á un golpe insano,
En que la suerte de sus armas fía:
Las avanzadas súbito destruye ;
Pero Barreiro, astuto, finge que huye.

XIX

De sus tropas el paso precipita
Bolívar ; mas en vano : á pie ligero
El rápido español el trance evita ;
Tal vez de Santafé tomó el sendero.
De cortarle los medios excogita :
Él dijo ante la Patria : « Vencer quiero,»
Y vencerá : del genio el poderío
Sujetará la suerte á su albedrío.

XX

Sigue; pero la tropa es sorprendida :
Los libres, en angosto y agrio suelo,
Rodeados se ven, y sin salida.
Contempla el sol, á la mitad del cielo,
La porfía sangrienta en que la vida
De un mundo se disputa, el crudo duelo
De dos pueblos que á bárbara matanza,
De su sangre sediento, el hado lanza.

XXI

El *Batallón del Rey*, gran veterano
De Bailén en la homérica jornada,
Y el *Numancia*, baluarte del hispano,
Y el soberbio *Dragones de Granada*,
Y el fiero *Tambo*, en lides soberano ;
Apresuran su marcha concertada :
Arde incendio voraz por toda parte ;
Al libre inútil le es el arma, el arte.

XXII

Cual hosca nube en sonoroso riego
Llueve granizo, que desparce flores,
Y la mies aniquila del labriego ;
De la Patria en los bravos defensores
Llueven plomo y fragor nubes de fuego.
La muerte alanza en torno sus horrores ;
De los libres se estrella la osadía
Contra torrentes de metralla impía.

XXIII

Mas la *Legión de Albión* ya se adelanta...
¡ Gracias, gallardos hijos de la tierra
Donde asentó la Libertad su planta,
Donde su faz no asoma interna guerra !
Siempre su brazo, próvida, levanta
En defensa del débil, Inglaterra :
¡ Brille la gloria siempre en los altares
De la invencible reina de los mares !

XXIV

Los hardidos britanos hacen frente
Al español, del triunfo envanecido :
Rook va el primero, Rook, el más valiente,
De la heroica Legión Jefe aguerrido.
Pero ¡ ay ! le hieren ; y su sangre hirviente
La tierra humedeció cuyo gemido,
Sonando allende el férvido oceano,
A su gran corazón no clamó en vano.

XXV

Del cazador al grito la jauría,
Que ante el tigre temblaba, cobra aliento.
Recuperan, así, su valentía
Las haces, de Bolívar al acento.
Si cejaron, no fué por cobardía ;
Sorpresa fué, quizás aturdimiento ;
Y ya á la voz del Héroe, la esperanza
Nace á encender su brío y su pujanza.

XXVI

Como cuando del valle en la espesura
La tempestad vomita su metralla,
Y brama el trueno con mortal pavura,
Y la nube en relámpagos restalla ;
De Pantano de Vargas la angostura
Al fragor suena así de la batalla,
Y la bronca y tenaz fusilería
Atruena en rededor la serranía.

XXVII

Corre la sangre en férvido torrente,
Y asorda el aire la áspera alarida.
Bája Bolívar, pálida, la frente
Al ver que la batalla está perdida.
Honda amargura en sus entrañas siente :
No es que tiemble perder la dulce vida,
Sino tanta esperanza en flor ver muerta,
Y allí la tumba de la Patria abierta.

XXVIII

Mas nunca el desaliento poseyera
Su corazón, prodigio de pujanza :
Rehace su valor, y entre la hoguera
De la porfía intrépido se lanza.
Su poderosa voz vencer impera ;
De su mirada nace la esperanza,
Bien cual del sol el rayo rutilante
Lampos de luz engendra en el diamante.

XXIX

Manda á Rondón vencer, fuerte guerrero.
Como el halcón su vuelo precipita,
Baja el ala, y vivaz el ojo fiero,
Sobre el ave, que el cuerpo al viento agita ;
El asta tiende el ínclito lancero,
La espalda dobla, y á los suyos grita :
« ¡ Seguidme ! » y vuela al enemigo, airado,
Cual tigre sobre el tímido ganado.

XXX

¿ Cómo decir, oh pobre Musa mía,
El formidable golpe, el choque horrendo ?
Así la mar embravecida envía
Su ola á la sirte, en rebramar tremendo.
El llanero, implacable en su ardentía,
Prodigio de la lanza, vuela hiriendo ;
Todo lo rompe, arrolla, desbarata ;
Desprecia al que huye, al que resiste mata.

XXXI

Y el audaz Carvajal también, en tanto,
A otra parte sostiene la batalla.
Llega un momento de solemne espanto
En que el ronco arcabuz su trueno calla :
Cual poseído de instantáneo encanto,
El infante, insensible á la metralla,
Contempla, embebecido y en reposo,
Aquel mudo conflicto pavoroso.

XXXII

«¡ Victoria !» exclama el Héroe, en gozo insano
Henchido el corazón, y en hondo anhelo;
«¡ Victoria ! nuéstros son !...Cubrid el llano ;
La rota consumad en raudo vuelo !
¡ Las armas á tomar !»...Pero ¡ay! en vano :
Tiende la noche su importuno velo,
Y, del triunfo oponiéndose al remate,
La liza asombra del feroz combate.

XXXIII

No era aquella quizá, no era la hora
Que señalara á América el Destino.
El español, en fuga salvadora,
Toma de Paipa el áspero camino.—
«¡ Rondón !» la fama suena en voz canora,
Y «¡ Carvajal !» el eco peregrino.
¡ Vivan eternos vuestros claros nombres
En la grata memoria de los hombres !

XXXIV

Una pareja de héroes distinguida,
Uno á par de otro, combatió do quiera,
Mutuamente salvándose la vida.
Así un ave á su cara compañera
Con el ala amorosa le hace egida
Al advertir la sierpe traicionera.
¡ Qué no podrás, del alma fiel consuelo,
Amor, oh Amor, propicio dón del Cielo !

XXXV

Antonio y la Amazona de bravura
Exhibieron ejemplos portentosos.
¡ Simpática pareja ! la ventura
Colma su tierno corazón de esposos.
Ardientes como el sol de su llanura,
Cual su fecundo suelo generosos,
Se saben conquistar los dos guerreros
El amor de sus bravos compañeros.

XXXVI

Su pie la noche sobre el mundo sienta ;
Las nubes colman del espacio el seno,
Y estragos amenaza la tormenta.
Gruesas lluvias inundan el terreno ;
Vierte el rayo su luz amarillenta
Que el horizonte enciende ; brama el trueno,
Cual inmenso atambor que golpeara
Un Genio con el cuento de su vara.—

XXXVII

Mas ya del cielo se calmó la guerra ;
Inunda en luz la luna el firmamento,
Nuncio de paz del cielo y de la tierra.
Es el campo una escena de tormento :
Vago sollozo por los aires yerra ;
Aquí un herido exhala hondo lamento,
Un moribundo, allí, por la ancha herida,
Lanza el último aliento de la vida.

XXXVIII

Y un ángel cruza el campo enrojecido,
Repartiendo esperanzas y consuelo
Al vencedor lo mismo que al vencido :
Aquí una herida venda con su velo ;
A un moribundo, allí, dulce, al oído
Le habla de perdonar, de Dios y el Cielo :
Amalia acude á todos diligente,
Angel de paz y caridad ardiente.

XXXIX

El anciano, que el campo recorría,—
Ministro de perdón y de bonanza,—
Y el rocío del Cielo repartía,
Prenda de bendición y de esperanza ;
« Este es, hija,» la dice ; « éste, hija mía,
El puesto de los dos : una enseñanza
Dios á cada hombre que seguir le muestra ;
Y ésta de caridad, ésta es la nuéstra.»

XL

Duerme el sueño eternal Franco, el valiente
Del *Cazadores* Coronel ; Torneros,
Y García, y Jiménez, y Orta ardiente,
Y Casaley, britano, y cien guerreros
Yacen, doblada la marchita frente.
¡ Dormid, dormid en paz ! vuestros aceros
A la Patria ofrendasteis y la vida :
Ella os bendecirá reconocida.

XLI

Y tú que, roto un brazo, Rook, caíste :
Cuando lo hubo amputado el cirujano,
Insensible al dolor, en pie te erguiste,
Lo levantaste en la restante mano,
Y «¡ Dios y Patria !» en alta voz dijiste,
Y exhalaste tu aliento sobrehumano.
¡ Oh ! que esta Patria, que tu sueño abriga,
Siempre tu nombre y tu virtud bendiga !

XLII

Amalia gime, agudo grito dando,
Y Matías acorre diligente;
Pero la encuentra sin sentido : cuando
Vuelve, « Padre,» balbuce en voz doliente,
«¡ Es mi hermano !» un cadáver señalando.
De consuelos abre él la santa fuente,
De ésos que van á lo íntimo del alma,
Y la nutren de paz, y alivio y calma.

XLIII

«¿ Por qué del español estaba al lado ?»
Matías le pregunta. « Cuando huímos
De Santafé, pusiéronle soldado,»
Responde la infeliz. « Más no supimos.
¡ Ay ! ¡ de qué modo le han sacrificado !
¿ Qué crimen, para tanto, cometimos ?
¡ Pobre Julio ! murió sin que siquiera
Oyese yo su queja postrimera !

XLIV

« ¡ Ah ! todo cuanto amaba me abandona.
¡ Infames ! me quitáis todo consuelo :
¡ Maldiga Dios !»...« Perdona, hija, perdona ;
Tú sabes que el perdón conduce al Cielo,
Y de los justos labra la corona.
¿ Qué dura, díme, del mortal el duelo ?... »
Dice él.—Un español lanza un gemido,
Que resuena de Amalia en el oído ;

XLV

Y vuela á él ; y tierna y conmovida,
Tanto le alivia y le consuela tanto,
Que el calor le devuelve de la vida,
Y calma el torcedor de su quebranto.
En ese instante toda injuria olvida,
Y es suave su dolor, dulce su llanto.
¡ Oh ! nada más que tú, nada más bello,
Virtud, de Dios purísimo destello !

CANTO NONO.

I

CON su velo de púrpura cubierta,
Anuncia al sol la virginal aurora ;
Dulce como la vida que despierta,
Cual la ilusión de un alma soñadora.
La avecilla sus cántigas concierta ;
La luz la pampa ensangrentada dora ;
Natura se engalana, indiferente
A las congojas del mortal doliente.

II

Matías deja conocer su anhelo
Que á los que huyeron la mansión terrena
Se les tribute religioso duelo.
En el llano el ejército se ordena,
Invertidas las armas hacia el suelo :
El atambor, que lúgubre resuena,
Y las trompas, que gimen con ternura,
A el alma inspiran tétrica amargura.

III

Humean en montón secos maderos.
El ejército, en fila, al sitio párte
Donde yacen sus caros compañeros.
El enlutado y fúnebre estandarte ;
El compasado andar de los guerreros ;
El Héroe, que el común dolor comparte,
Y va, inclinada al pecho la cabeza :
Todo difunde mística tristeza.

IV

Recogidos á trechos en montones
Los cadáveres fueron de antemano :
Recíbenlos en hombros los peones ;
Y, precedida del augusto anciano,
Entre dos alas va de campeones
La procesión, en fila, por el llano.
De una salva resuena el estallido ;
Tiembla la tierra al súbito tronido.

V

Lágrimas se deslizan de ternura
Por rostros varoniles, atezados
Del sol abrasador de la llanura.
Acusan todos á los duros hados,
Que el corazón les colman de amargura
Privándolos de amigos tan amados.
Es humilde la pompa, mas sincera,
Expresión de ternura verdadera.

VI

Al ver la pira, que levanta al cielo
Su roja llama en trémulos airones,
Reprimido clamor, voces de duelo
Se escapan de los tristes corazones.
Colocados los muertos en el suelo,
Matías dice : « Nobles campeones,
Que generosos disteis vuestra vida
Por vuestra Patria, al férreo yugo uncida ;

VII

« Del deber en el ara la jornada
Rendisteis del mortal perecedera :
Morir así, no es muerte ; esa es la entrada
Al templo de la vida verdadera.
Dejáis una memoria inmaculada ;
En triunfo vuestra espléndida bandera ;
En los amigos, un recuerdo amante ;
En la historia, una página brillante.

VIII

«La vida disteis por la noble idea
Que engrandece del hombre el pensamiento;
Y conquistasteis la eternal presea
Del deber otorgada al cumplimiento.
¡Oh! que propicia vuestra ayuda sea
A los que aun luchan en el arduo intento
De libertar de la cadena impía
Al pueblo que aherrojó la tiranía!

IX

«Y vosotros, guerreros denodados,
Seguid la senda que trazó la planta
De estos egregios, ínclitos soldados.
¡Dulce será morir la muerte santa
De los héroes del bien, sacrificados
En el altar que la virtud levanta,
Donde el mártir á Dios su sangre ofrenda,
De redención y libertad en prenda!»

X

Ya envuelve los cadáveres el ala
De la llama voraz. Hondo gemido
Amalia, el rostro al cielo vuelta, exhala
Del seno, al peso del dolor rendido;
Copioso llanto por su faz resbala,
Y cae de Adulia en brazos, sin sentido.
Otra salva á los ámbitos resuena,
Que el vasto valle en rededor atruena.

XI

Pagada ya la deuda postrimera,
Tributo á la virtud, Bolívar mueve
El ejército á Paipa, donde espera
El español, que á resistir se atreve,
Y allí sus batallones aglomera.
Desalojarle el Héroe logra en breve;
Y ambas huestes ocupan la llanura,
Y otra vez arden en marcial bravura.

XII

Bolívar finge que á acampar empieza.
Ocasiónanse encuentros pasajeros,
En que lucen su brío y su destreza,
A campo despejado, los llaneros.
Admiran su vigor y su fiereza
Del español los hábiles lanceros,
Y contemplan, absortos, sus corceles,
A su intención y sus antojos fieles.

XIII

Daniel, bravo lancero castellano,
Que goza de encumbrada nombradía,
Se avanza al campamento americano,
Y á algún patriota á duelo desafía.
Tal cosa al ver, Bolívar sale ufano,
Y ordena se respete su osadía,
Y que el terreno en torno se despeje
Y libre el campo al retador se deje.

XIV

De los lanceros, cada cual desea
Salir á sostener el duelo á muerte ;
Cada uno pide que elegido sea.
Mas Bolívar decide que la suerte
Resuelva á quién le toque la pelea
Con aquel campeón osado y fuerte.
Sale un nombre,—*Julián*...y con premura
Salta un joven de escuálida figura.

XV

Le saluda un aplauso lisonjero ;
Pero algunos no abrigan esperanza
De que pueda arrostrar á aquel guerrero,
Quien se impacienta ya de la tardanza.
A la lucha prepárase el llanero ;
Requiere su corcel, toma su lanza ;
A su Jefe saluda reverente,
Y va, y se pára de Daniel en frente.

XVI

« Esperaba,» dice éste, « algún gigante,
Y se me viene encima un rapazuelo ;
Pero la burla pagarás, tunante,
A no ser, pobre espectro, que alces vuelo.»
« No vengo á disputar, bravo arrogante;
Vengo á saciar tu belicoso anhelo.
¡ En guardia, pues, valiente ! A Dios invoca,
O al diablo, que mi cólera provoca.»

XVII

Dice Julián.—En guardia se les mira.
Nadie una voz de protección murmura ;
Nadie se mueve, ni siquier respira :
Ver las maniobras cada cual procura.
Tira un lanzazo el español ; mas gira
Su corcel el llanero con premura,
Y escapa el bote de la rauda lanza,
Que el dorso apenas á rozarle alcanza.

XVIII

El bridón de Daniel anda algún trecho,
Y cae á tierra, que Julián lo ha herido,
Al escapar al crudo golpe el pecho,
Sin esfuerzo visible, sin rüído.
El español, atónito y maltrecho,
Álzase, espada en mano, y da un bramido ;
Aprovechar rehusando su ventaja,
Julián, al punto, del caballo baja.

XIX

Saca alfange también ; la lanza olvida.
« No verás,» dice, « que un americano
De una ventaja abuse conseguida :
Guía otra vez mejor la fuerte mano.»
Se lanzan en violenta arremetida,
Colmada el alma de furor insano,
Veloces cual revuelto torbellino,
Ciegos como los fallos del destino.

XX

Todo golpe es burlado ; mas la ira
Domina al arte, y la atención divierte :
Sólo furor el corazón espira.
Agil el uno ; el otro muy más fuerte,
Éste ataca, y aquél en torno gira,
Como el león y el tigre en riña á muerte.
Ya impaciente Julián, se tiende al suelo,
Y al otro hiere en súbito revuelo.

XXI

Rueda á tierra el valiente, medio muerto ;
Y ahí el llanero arráncale la vida ;
Pero él también de sangre está cubierto,
Que á borbotones vierte de una herida.
Mueve al punto á los suyos el pie incierto,
Conduciendo el caballo por la brida.
Un aplauso frenético resuena,
Dulce pasmo las almas enajena.

XXII

Le abrazan con amor sus compañeros ;
Bolívar alabanzas le prodiga
En presencia de todos los guerreros.
« Así,» dice, « la audacia se castiga ;
Y triunfarán así nuestros aceros
Sobre esos monstruos que el delito hostiga,
Taladores del suelo americano,
Fieros verdugos del linaje humano.»—

XXIII

Salva el sol del Ocaso los umbrales ;
La noche avanza oscura y silenciosa ;
Del sueño, tregua á los terrenos males.
El mundo bajo el hálito reposa.
Es alta noche : yacen los mortales.
Dispone el Héroe marcha presurosa,
Dejándole entender al enemigo
Que huye de las tinieblas al abrigo.

XXIV

Grandes hogueras en el campo deja,
Y quienes den la voz de la avanzada ;
Ende infiere Barreiro que se aleja
Pretendiendo ocultar su retirada.
«¡ Cobarde !» dice el español, « ya ceja,
Y procura engañarme : á una jornada,
Le daremos alcance, fatigados
De la marcha nocturna sus soldados.»

XXV

Mas Bolívar concierta un movimiento
Inverso, y toma por secreta vía :
Veloz como su mismo pensamiento,
A Tunja va. Barreiro, en tanto, fía
En que busca en la fuga salvamento :
Acaso supo que el Virey envía
Un refuerzo auxiliar ; lo que él ignora,
Pero que aguarda ansioso, hora por hora.

XXVI

En ardimiento el adalid rebosa :
Siquier permite que la tropa aliente ;
A través de la noche tenebrosa,
Impele á sus soldados, impaciente.
En tanto el español en paz reposa :
Sabe que á refugiarse el insurgente
Va otra vez á su pampa solitaria,
Frustrada al ver su empresa temeraria.

XXVII

Despacha postas al Virey, en mira
De los sucesos propalar que alcanza.
La soberbia enloquécele, y le inspira
Planes de reconquista y de venganza.
Arde su corazón, cual nunca, en ira,
Y, como nunca, afirma su esperanza ;
Y triunfos sueña, y sueña hermosa gloria,
Que ilustrará su nombre y su memoria.

XXVIII

Recibe aviso al despuntar el día,
Del plan del Héroe. «¡ Maldición !» murmura,
« A Santafé ha marchado ; y yo creía
Que iba á buscar refugio en la llanura !
¡ Compañeros ! ¡ corramos á porfía !
Sólo podrá salvarnos la premura :
¡ Volemos ! ¡ á tomar la delantera !
¡ Quién las alas del águila tuviera !»

XXIX

Como cuando, al sentir el bronco arado,
Las hormigas se alarman en su foso,
Y van y vienen, de uno y otro lado,
Tál de Barreiro el campo bullicioso.
Marchan por fin : al infeliz soldado
No se le otorga instante de reposo ;
A andar, al que se rinde á la fatiga,
Como á bestia de carga, se le obliga.

XXX

Ya se aproxima á Tunja la avanzada
De los libres, en raudo movimiento :
Sorprende allí la súbita llegada,
A manera de mágico portento.
Cual del rayo la viva llamarada,
Que cruza rauda el ancho firmamento,
Y la vista á seguirla es impotente,
Fué siempre el Héroe,—activo, sorprendente.

XXXI

Ya la ciudad divisan en buen hora.
El águila, al sentirse envejecida,
Abate el ala, enantes triunfadora
De Aquilón, y se acoge á su manida,
Do solitaria y en reposo mora.
Tál la vieja ciudad, que, recogida
En el regazo de su parda breña,
De antigua gloria á los rumores sueña.

XXXII

¡Salud, matrona augusta, cuyo nombre
Memorias de dolor á el alma inspira!
¡Salud, oh madre amada! No te asombre
Que te cante también mi humilde lira.
Al evocar tu antigua gloria, ¿qué hombre
No lamenta tu suerte, y no suspira?
¿Quién no arroja al pasado una mirada
Al contemplar tu veste desgarrada?

XXXIII

Recuerdos mimo, al saludarte, de ésos
Que halaga de la infancia el aura pura,
Cuando gozamos los maternos besos
Exentos de interés y de impostura.
Hay en tu osario huesos de mis hüesos:
Te amo con tristeza y con ternura,
Como amo la tumba silenciosa
Donde la prenda de mi amor reposa.

XXXIV

Todo es solemne en ti; todo sublima
A elevada región el pensamiento:
Tus yermos, carcomidos por la lima
De largos siglos, donde gime el viento;
Tu alto silencio, que respeto intima;
De tus brisas el lúgubre concento;
Tu majestad austera, solitaria,
Que convida al recuerdo, á la plegaria.

XXXV

Perdona si perturbo tu reposo :
Como el hijo penetra al camposanto
Do yace el genitor, respetüoso,
Así, tímido, á ti te doy mi canto.
Mis mayores el sueño misterioso
Duermen bajo la sombra de tu manto :
¡ Oh ! si hubiese en mi lira una corona,
Te la ciñera á ti, noble matrona !—

XXXVI

Aquel sublime día, ¡ cuánto gozo !
¡ Cuántos que devoraban su gemido,
A solas, en profundo calabozo,
Vuelan á ver al Héroe esclarecido !
¿ No habéis visto cuál tiembla de alborozo
El ave implume, cuando llega al nido
La madre, que le trae, con ternura,
El grano que á buscar fué á la espesura ?

XXXVII

¿ No habéis visto la cándida ufanía
Con que encuentra á su madre la cordera,
Y cómo en torno salta de alegría,
Y viene y va, cruzando la pradera ?
¿ Quién de felicidad no llora el día
En que su amante pecho recupera
Al padre ausente, que en lejanos mares
Corrió de las tormentas los azares ? 10

XXXVIII

Tál la dicha que embriaga á aquella gente :
En sangre el despotismo bañó el suelo
De la noble ciudad ; su egregia frente
Cubrió de la orfandad el negro velo.
La aparición del Héroe, de repente,
Es un prodigio del querer del Cielo ;
Es bálsamo que cura las heridas
De la bárbara mano recibidas.

XXXIX

Generosos, magnánimos, fervientes,
A su Libertador reconocidos,
Sus servicios prodigan diligentes
En armas y bagajes y vestidos.
Los enemigos aun están potentes :
Bien pueden los patriotas ser vencidos ;
Que es su ejército apenas un puñado,
Con el que trae Barreiro comparado.

XL

Y exterminio amenaza el castellano :
Para cada patriota hay un espía ;
Al patíbulo irá el americano
Que por su Patria muestre simpatía.
Mas ¿qué importa? hasta el niño, hasta el anciano
Prefieren, sin temblar, la muerte impía
Del cadalso, á la infame servidumbre :
Inflama el patrio amor la muchedumbre.

XLI

Recibe el Héroe con placer y encanto
Homenaje tan íntimo y ardiente ;
Y al ver del pueblo el generoso llanto,
También sus ojos anegarse siente.
¡ Oh Libertad ! ¡ oh nombre dulce y santo !
Tú eres á el alma perfumado ambiente,
Eres el suave halago de la vida,
Eres á la virtud sagrada egida !

CANTO DÉCIMO.

I

UN día y noche el español se agita,
Sin conocer instante de reposo,
Y Barreiro la marcha precipita,
De alcanzar á Bolívar afanoso.
Llega, al amanecer, á Motavita,
De Tunja no distante ; y, cauteloso,
Da un día de descanso á sus soldados,
De tan ruda fatiga quebrantados.

II

Mas sus pasos el Héroe observa atento,
Y su deseo y planes adivina,
Puesto el genio vivaz en movimiento,
Que del contrario la intención domina.
Tunja hierve, resuelta á todo evento,
Resuelta al sacrificio y la rüína,
Y parte toma, ardiente, alborozada,
En los aprestos de la gran jornada.

III

De Rondón en la plaza está formado
El ejército, listo á la pelea :
¡ Cuán generoso ardor el del soldado !
¡ Cuánto la orden de marchar desea !
Así el sabueso, en ira arrebatado,
Cuando, de cerca ya, la liebre husmea,
Al cazador, que lo retiene, mira,
Y suplicante por marchar suspira.

IV

Otea el Héroe desde enhiesta altura :
Es el águila audaz que atisba alerta
La pieza que se esconde en la espesura
Y en salir tarda á la campiña abierta.
Y ya los ve !...¡ victoria !.. en la llanura
Apresurada va la descubierta :
Abre el águila su ala vencedora,
Y designa á la lid y sitio y hora.

V

Raudo desciende á la ciudad, y exclama :
«¡ A BOYACÁ !» y aplauso de alegría
El ejército eleva : Eco reclama
El grito en la rugosa serranía.
El entusiasmo la ciudad inflama ;
Sube el rumor á la región vacía,
Como cuando en la selva ruge el viento
Al imprimirle rudo movimiento.

VI

Ya van, ya van en pos de su bandera,
Lanza en ristre, arma al brazo, los valientes.
Pero ¡ ay ! huyó la presa...se apodera
El afán de sus almas impacientes.
¡ Ah ! no ; allá van : deslízanse en hilera
Por el pardo sendero. Cual serpientes
Matizadas de vívidos colores,
Tál las filas, del sol á los fulgores.

VII

¡ Tú, que hasta aquí me acompañaste pía
En este ex-voto humilde y solitario
De la Patria en el ara, Musa mía,—
Tímida y recogida en el santuario
Del tibio hogar,—aviva tu ardentía;
Elévate en arrojo temerario ;
El épico clarín, osada, emboca;
Todo tu esfuerzo y tu vigor invoca !

VIII

«¡Vedlos!» prorumpe el Héroe en grito hiriente;
«¡ Vedlos allí ! los duros opresores
De la virgen América inocente,
De su honor y virtud perseguidores.
Hoy os contempla, ansioso, un Continente,
De su largo martirio vengadores:
Eterna aquí será vuestra memoria
Para eterno baldón ó eterna gloria !»

IX

Al valle asoma un escuadrón volante ;
Que es un cuerpo Barreiro conjetura
De observación, y vuelan al instante
Sus *Zapadores*, á tomar la altura.
Entre tanto Bolívar, anhelante,
La marcha del ejército apresura :
Sorpréndese Barreiro ; sus legiones
Se despliegan y toman posiciones.

X

El *Cazadores* el combate empeña,
En ligeras guerrillas desplegado,
Y á un tupido escuadrón su arrojo enseña,
Que á un valladar se acoge consternado.
Los infantes descienden por la breña,
Y los ginetes van, de ellos al lado :
El Héroe, á un golpe de sorpresa atento,
Combina con maestría el movimiento.

XI

El *Rifles*, el *Albión*, el *Cazadores*
Y el *Barcelona*, en marcha concertada,
Y en pos de sus banderas tricolores,
Avanzan, y también *Nueva Granada*,
Bravos de Apure, hardidos lidiadores,
Y *Llano-arriba*, á la feral jornada.
El experto Barreiro, por su parte,
Su genio apura y el poder del arte.

XII

Como cuando el volcán su llamarada
Levanta al cielo, y fragoroso truena,
Así de Boyacá por la hondonada
El estampido unánime resuena.
¡ Digno saludo á la hora señalada
Por el Señor, en su bondad serena,
A la sublime redención de un mundo,
Que despertó de su sopor profundo !

XIII

Anzoátegui á la lid se lanza ufano,—
Brillante Capitán, bravo guerrero,
Modelo del egregio veterano :
En Bocachico, Araure y Mosquitero,
Carabobo, Alacrán, Juncal, Pantano
De Vargas, en Ortiz...brilló su acero.
Honda marcaste tu lumbrosa huella,
Joven soldado, de tu Patria estrella !

XIV

La derecha y el centro va mandando ;
Su habilidad despliega en los momentos
De confusión y sobresalto, cuando
Del enemigo burla los intentos.
Sus bravos batallones, despreciando
Del español los ímpetus violentos,
Se arrojan á sus centros principales
Y los fuerzan en cargas generales.

XV

Del *Llano-arriba* brillan los lanceros :
Cadáveres sembrando en su camino,
Aquí y allí revuelan los llaneros,
Mudos como las iras del destino.
Rondón y Carvajal van los primeros :
En contino bregar, luchar contino,
Semejan de Numidia dos leones.—
Ya pierde el español sus posiciones.

XVI

Luchan á par Antonio y la guerrera :
Siempre juntos el joven y su esposa,
Prodigios ejecutan donde quiera
Que se traba la lid más peligrosa.
Nadie su arrojo y su valor supera ;
Mas de súbito un grupo los acosa,
Y los arrastra en denso torbellino :
Nadie vuelve á saber de su destino.

XVII

El *Granaderos*, lujo del hispano,
El campo cede ya ; la infantería
En vano intenta resistir ; en vano
Barreiro el cuerpo de reserva envía.
El terrible escuadrón americano
Hace doquier feroz carnicería ;
A los más fuertes y hábiles lanceros
Pasmo y terror imponen los llaneros.

XVIII

Santander por la izquierda se adelanta,
Del *Cazadores* invencible al frente,
Y su certera y atrevida planta,
Obstáculos venciendo, huella el puente.
La Patria á ti su gratitud levanta,
A ti, adalid magnánimo y ferviente.
¡ Gloria á ti, campeón esclarecido !
Tú vencerás al tiempo y al olvido.

XIX

Nuevo Pelayo, al ver la Patria en ruína,
Del opresor bajo la garra dura,
Abandonaste la región andina,
De Casanare huyendo á la llanura.
Nutrido de esperanza peregrina,
De la alma Libertad la llama pura
Custodiaste en las pampas orientales,
Como el fuego sagrado las vestales.

XX

Veterano impertérrito en Carrillo,
En Pantano de Vargas, en la Grita ;
Odiador implacable de Morillo,
Por tu constancia intrépida, inaudita,
La amistad mereciste del Caudillo.
Como estas cumbres, donde queda escrita
De tus hazañas bélicas la historia,
Firme y eterna vivirá tu gloria.

XXI

El enemigo rinde el armamento ;
Rinde Barreiro su lujosa espada :
¡ Así cumplió su inicuo juramento !
Completa fué la espléndida jornada.
«¡ Gloria al Libertador !» resuena el viento ;
«¡ Gloria á Dios !» clama él, la mano alzada ;
«¡ Honor á los ilustres campeones !
¡ Bravo á los valerosos batallones !»

XXII

Sí, ¡ gloria á los bizarros vencedores !
Córdoba, á ti, garzón afortunado,
A quien la Patria cantará loores !
¡ Soublette, á ti, perínclito soldado!
Guerra, Ibarra, gallardos lidiadores,
Y cien más héroes ! vuestro nombre amado
Fatigará los ecos de la fama,
Que ya inmortal vuestra virtud proclama.—

XXIII

Tiende la noche su apacible velo,
Del vencedor y del vencido amiga ;
Los soldados, dormidos, por el suelo
Yacen, postrados de mortal fatiga.
La luna asoma en el nimboso cielo ;
Sus rayos melancólicos desliga,
Y esparce por la vega ensangrentada
Las vagarosas sombras de la nada.

XXIV

Amalia y el anciano su tarea
Cumplen de caridad : diversas vías
Toman por el teatro de pelea,
Aliviando dolores y agonías.
Oye que á grito herido alguien vocea
Orillas el riachuelo, el buen Matías.
Es de Amalia la voz ; fija el oído,
Y se siente llamar en un gemido.

XXV

Al punto de do sale la voz vuela ;
Y de hinojos á Amalia encuentra al lado
De cadáveres dos, callada, lela,
El bello rostro en lágrimas bañado.
El blanco rayo de la luna riela ;
Y á su lumbre contempla, consternado,
A Antonio y la Amazona, los dos muertos :
Ella le estrecha entre sus brazos yertos ;

XXVI

Y está su rostro unido al del guerrero,
Cual si sus labios, al dejar la vida,
Juntado hubiese en ósculo postrero,
Para al Cielo volar con él unida,
De la muerte burlando el golpe fiero.
Examínanlos : él profunda herida
Tiene en el pecho, y ella no presenta
Señal de que su muerte fué violenta.

XXVII

Está patente : un drama misterioso,
De amor inenarrable maravilla,
Hubo entre la guerrera y el esposo,
Amor que al de los ángeles humilla.
Herido al verse el joven valeroso,
Del riachuelo tal vez corrió á la orilla,
Y al refrescar el labio en el torrente,
La Parca heló su generosa frente.

XXVIII

Desfallecido el joven, rueda inerte
De su amada en los brazos ; y ella, herida
Del alma en lo profundo, el golpe fuerte
Impotente á sufrir, rinde la vida.
¡ Venturosos mancebos ! ¡ dulce suerte !
El Amor os cubrió bajo su egida ;
Cual los aromas que una flor exhala,
Volasteis de las brisas en el ala !

XXIX

Yacen los dos esposos en el lecho
Que les mulló Natura,—el verde llano ;
De los cielos la bóveda, por techo ;
Por cántigas, las preces del anciano.
« Hermana,» dice Amalia, contra el pecho
A su amiga apretándole la mano,
«¡ Cuán buena fuiste, dulce hermana mía !
¡ Cuánta fué para Amalia tu hidalguía !

XXX

« Dáme de tu alma el fúlgido destello,—
El rayo de tu amor ; dáme el aroma
De tu gran corazón, tan puro y bello,
Para amar como tú, tierna paloma !»
Y esto diciendo, empápale el cabello
En llanto mudo, del dolor idioma.
«¡ Ay ! me amó con afecto compasivo,
Afecto incomparable y exclusivo !»

XXXI

« Aquí no los dejemos,» él murmura,
« Expuestos á la acción del sol y el viento,
Destinados, en medio á la llanura,
De los buitres á ser el alimento.»
Se ponen á cavar la sepultura :
Trabaja Amalia con viril aliento
(¡ Lo que puede el cariño !), como si ése,
De tiempo atrás, su ministerio fuese.

XXXII

Estrada sale en busca de su esposa
(A menudo se hallaba de ella al lado
En la tarea santa y generosa):
Del caso sabedor que allí ha pasado,
En tierno llanto su dolor rebosa
Por la guerrera y por su amigo amado.
A Amalia luégo á descansar la obliga,
Y él toma á cuestas la faena amiga.

XXXIII

Baña la lumbre pálida el risueño
Rostro de los que yacen en reposo :
¡ Ay ! tal parece que el tranquilo sueño
Duermen de su himeneo venturoso.
De rodillas los tres, con grave ceño
Da principio el Ministro religioso
A las plegarias que el descanso llevan
A los que al seno del Señor se elevan.

XXXIV

Colocan luégo en la eternal manida,
Llanto vertiendo, la pareja amada ;
Y arrojan, en señal de despedida,
De blanda tierra la primer palada.
Solloza Amalia, y dice : «¡ Ay ! en mi vida
¡ Cuántas veces veré la fosa helada
Seres queridos á tragar abierta !
¡ Ay ! ¡ cuántas veces mi esperanza muerta !»—

XXXV

En Santafé se mira escena opuesta,
Que encanto, y gloria y gozo patentiza :
Del Virey el Palacio está de fiesta ;
Las almas juveniles electriza
El grato són de melodiosa orquesta.
Sámano en un banquete solemniza
Los triunfos por Barreiro conseguidos
Sobre la *errante turba de bandidos*.

XXXVI

¡ Cuánta magnificencia ! ¡ qué ornamento !
El gran salón contiene muchedumbre
De gentes embriagadas de contento,
Que liban del placer la dulcedumbre.
Suaves perfumes vagan por el viento ;
Rebosa por las puertas blanda lumbre ;
Crugen las sedas ; crúzanse sonrisas ;
La gloria alienta deleitosas brisas.

XXXVII

De la hispana nobleza la presea
En el vasto salón apenas cabe.
La mujer sus encantos centellea,
Como la luna su fulgor süave.
El Amor sus secretos cuchichea,
Cual sus arrullos tímidos el ave
Que vela el sueño de su bién querido
Sobre las tibias pajas de su nido.

XXXVIII

Dos jóvenes bellísimas conciertan,
Al compás de instrumentos vibradores,
Sus voces delicadas, que despiertan
Recuerdos de patéticos colores.
Ecos dormidos á animar aciertan
Del siglo de los héroes trovadores,
Cuando, asistida de marcial fortuna
España deslustró la Medialuna.

XXXIX

Al espirar los últimos acentos,
En plauso suena estrépito ferviente :
Sobre ellas ojos mil al ver atentos,
Se cubre de carmín su nívea frente.
¡ El vuelo reprimid, dulces momentos !
¡ Tiempo, en tu marcha rápida detente ! ...
Pero él, si advierte dichas, apresura
Su ala, asaz lenta en horas de amargura.

XL

Mas ya á la mesa el Soberano invita.
Las ricas frutas y espumosos vinos,
Y los dulces y cremas : todo excita
El apetito, en modos peregrinos.
« Por la gloria del Rey, de Dios bendita,»
Brinda él ; « por sus vasallos granadinos,
Que pronto doblarán, rodilla en tierra,
La cerviz bajo el yugo de la guerra.

XLI

« Por Fernando, de hoy más omnipotente,
Padre del mundo al español nacido
En los ignotos mares de Occidente ;
Rey cuyo nombre vencerá al olvido.
Por el bravo Morillo, su Teniente ;
Por el hábil Barreiro, que ha vencido
La invasión por BOLÍVAR proyectada
Sobre estos vastos Reinos de Granada !»

XLII

Frenéticos aplausos felicitan
El brindis del dichoso Soberano ;
Y al aire vago copas mil se agitan
En homenaje al pabellón hispano.
Luégo oradores gárrulos excitan
Con su elocuencia el regocijo insano ;
Y la música adula los oídos,
Y más inflama pechos encendidos.

XLIII

Mas no todo es placer. Cual se guarecen
En flores perfumadas los gusanos,
Gotas de llanto á veces aparecen
A amargar el festín de los humanos.
Aquí, lágrimas mudas humedecen
Róseas mejillas, y suspiros vanos
Brotan á veces de oprimidos senos,
A tanta gloria, á tanta dicha ajenos.

XLIV

Han obligado, duros sin medida,
A asistir al banquete á las que lloran
De hijos, padres ó esposos por la vida,
O de sus deudos el destino ignoran.
¡ Ay ! ¡ ni respetan del dolor la herida !
Ellas en vano compasión imploran :
Con la agonía el tigre se divierte
De su víctima en lucha con la muerte.

XLV

Ya por el Monserrate los albores
Vense brillar de la rosada aurora :
La multitud, en grupos decidores,
Del pomposo Palacio se evapora.
Por el suelo se ven marchitas flores ;
La luz de los quinqués se descolora
Y desmaya en esfuerzo moribundo :
¡ Completa imagen del placer del mundo !...

CANTO UNDÉCIMO.

I

A Bolívar un hombre se presenta,
Que del Socorro viene á todo vuelo.
« Señor,» dice, « tras lóbrega tormenta,
De unirme á vos halágame el consuelo.
Libre mi Patria—¡ gloria á Dios !—se ostenta,
Ante los hombres libre y ante el Cielo :
De América la suerte está fijada ;
Decidió sus destinos vuestra espada.

II

« Su crueldad la barbarie ha puesto en juego :
Antonia Santos, mártir heroína,
Fué capturada y fusilada luégo,
Porque sirvió á la causa granadina.
Hase unido á la Pola y á la Abrego
En la mansión espléndida y divina,
Reservada á las almas que han sabido
Vencer, con sus virtudes, al olvido.

III

« Escucha, sin asombro, su condena,
Y su sentencia firma sonriente ;
Y avánzase al patíbulo, serena,
Tranquila la mirada, alta la frente.
' Pronto ' les dice, ' pronto la cadena
Romperá de Colón el Continente,
Que á su cuello estrechó la tiranía
En desgraciado y ominoso día.'

IV

« Al sentarse, á los pies con un pañuelo
Sus ropas ciñe, atenta sólo su alma
Del virginal pudor al casto celo ;
Y el golpe matador espera en calma.
Rompen su frente ; el ángel sube al Cielo
A recibir la inmarcesible palma
De los que emprenden la eternal partida
Rindiendo en aras del deber la vida.»—

V

Es alta noche: Santafé reposa.
El Virey, de Morfeo en la delicia,
Descansa de la noche bulliciosa
Otorgada al placer y la blandicia.
En su frente senil quizá se posa
Grato ensueño de gloria, y le acaricia
Del poder con las dulces ilusiones,
Y del triunfo con mágicas visiones.

VI

Se oye nombrar en clamoroso acento:
Despiértase alarmado; se incorpora,
Y llama á su retrete al que un momento
Pide de audiencia, en voz suplicadora.
Martínez de Aparicio, macilento
Y jadeante, muéstrase á deshora.
Estaba con Barreiro: ha habido acaso
Algún siniestro, inesperado caso.

VII

El anciano, no menos aterrado,
« Habla,» le ruega; « dí lo que haya, amigo.»
« Se perdió todo,» dícele el soldado;
« Todo, todo, señor, como os lo digo.
Completo fué el desastre, y han quedado
Los nuéstros en poder del enemigo.
Bolívar viene á rápida carrera;
Nada su vuelo detener pudiera.»

VIII

«¡ No mientas ! » ruge en ímpetus de ira
El Virey, y á Aparicio se abalanza.
« O loco ú ebrio estás : eso es mentira ;
Tú ignoras de Barreiro la pujanza.
El licor ó el demonio es quien te inspira,
Mas te puede salir fatal la chanza.
Mientras logro saber lo que haya en eso
Y aclaro la verdad, tú quedas preso.»

IX

« Si vos no lo creéis, nada me importa,»
Colérico también, gruñe el sargento ;
« Bolívar lo dirá: la espera es corta:
Por mí, vuelo á ponerme en salvamento.»
Sámano se intimida y se reporta ;
Y, lívido y tembloso, en el momento,
Aquí y allí, perdida la cabeza,
Su presta fuga á apercibir empieza.

X

El alarma divulga sus rumores ;
El pueblo remolina pavorido ;
Temen de la venganza los horrores ;
Quedo las gentes se hablan al oído.
No han muerto aún las delicadas flores
Que ornaron el festín, y ya en gemido
El encanto se torna, y la alegría
Huye, cual sombra que persigue el día.

XI

Al que gozó del bienestar la holgura,
Le es un pesado estorbo la riqueza,
Motivo de dolor, cual de ventura
Fuera poco há, y arrimo á su altiveza.
Recuerdos de crueldad el alma apura;
Ya la justicia su vindicta empieza,
Que aun fresca está la sangre en el banquillo,
Y ella demanda vengador cuchillo.

XII

El asesino, así, que toca el limen
De la tumba, quisiera bajo el manto
Del olvido esconder su negro crimen,
O anegarlo en las venas de su llanto.
Mas los recuerdos su conciencia oprimen
So grave mole de letal espanto,
Y á sus ojos la sombra se presenta
De su víctima, pálida y sangrienta.

XIII

¡Cuántas veces, Memoria, el delincuente
Apagara tu luz deslumbradora,
Cuando, malgrado suyo, el alma siente
La voz de la justicia vengadora!
Dios te puso á las puertas de la mente,
Que en vanas ilusiones se evapora,
Centinela invisible, apercibido
A prevenir la entrada del olvido.

XIV

La imagen de Bolívar se alza fiera
En aquellos momentos, demandando,
Armada de rigor, cuenta severa
De la sangre vertida, al ímpio bando.
Las víctimas asoman por do quiera,
Venganza y exterminio apellidando,
Torva la faz, horrísono el acento,
Airadas como atroz remordimiento.

XV

A la pálida luz de la alborada
Vese la multitud, que sale huyendo
Camino de Occidente : va azorada ;
Tiembla el azote vengador, tremendo.
Tál las aves se escapan en bandada
Al escuchar del arma el bronco estruendo,
Sin detenerse á ver la que ha quedado
Sin vida en medio del herboso prado.

XVI

Del disfraz huye oculto bajo el velo,
Temeroso de ultrajes, el tirano ;
Y razón tiene : en granadino suelo
Sembró odio, y de odios hoy cosecha el grano.
No así ya, del rencor ante el flagelo,
Se escaparon del orbe americano
Aquellos justos, íntegros varones
Que allegaron aplauso y bendiciones.

XVII

¡ Id, desgraciados ! Vengadora harpía,
A América doquier tendréis presente :
Como Caín, lleváis la mancha impía
De la sangre de Abel en vuestra frente.
Ni toda el agua de la mar podría
Esa sangre limpiar, sangre inocente ;
Sólo que el hombre de su ley se libre,
Y su justicia Dios desequilibre.—

XVIII

Reina en las almas tímido recelo :
Ni un sér viviente por la calle asoma :
Se teme que la fuga sea un señuelo,
Pues de traición ya entienden el idioma.
Yacen grandes riquezas por el suelo,
Sin dueño, aquí y allí ; nadie las toma.
Tál aparece un campo de pelea
En que la muerte á solas gallardea.

XIX

Súbito truena pavoroso estruendo ;
Treme la tierra, el aire se oscurece ;
Las gentes, de terror palideciendo,
Piensan que el universo desfallece.
¿ Rompió su cárcel, en fragor tremendo,
La llama que en el Ande se guarece ?
Fué que el parque incendiaron á deshora,
Quizá merced de saña destructora.

XX

González, obediente á su hidalguía,
Salvar pretende el orden : se rodea
De amigos, y organiza policía
Que salvaguardia al ciudadano sea.
Los patriotas, radiantes de alegría,
Salen ya ; la ventura centellea ;
Cada cual abandona su escondrijo ;
A la aflicción sucede el regocijo.

XXI

Hierve la multitud ; á pecho abierto
Exhalan, sin temor, su ardiente gozo ;
Su libertad aclaman de concierto
El niño, la mujer, el viejo, el mozo.
Tál la familia que lloraba muerto
A su padre, palpita de alborozo
Al ver que abre los ojos á la vida,
Y gime, de placer enloquecida.

XXII

A los héroes brillante acogimiento
Alborotada la ciudad apresta ;
Oro da el rico, el pobre su sustento :
Toda alma, todo hogar están de fiesta.
Esmera la beldad el paramento ;
Con su alba mano la doncella apuesta,
De su ingenio apurando los primores,
Coronas labra de laurel y flores.

XXIII

A su padre de ver ansioso Estrada,
Que en hondo subterráneo dejó hundido,
A su hogar anticipa su llegada.
En San Diego el anciano está escondido.
Llega el joven, el alma alborozada,
Tras dolorosa ausencia, al caro nido ;
Temblando de emoción, al antro baja,
Y halla á su padre en un montón de paja.

XXIV

¡ Qué espectáculo ! Aquello no es figura
Humana : su presencia el ojo espanta ;
La nívea barba llega á la cintura ;
El cabello le envuelve la garganta.
Ofúscale del sol la lumbre pura,
A las tinieblas hecho ya ; la planta
Se arrastra torpe ; el cuerpo está tremante
Como tocado de pavor constante.

XXV

Súbito al ver al hijo allí á su lado
El moribundo viejo, « Al fin te veo,
Hijo !» dice : « partir en paz me es dado.
¿ Vienes á acompañarme, á lo que creo,
Y conmigo á morir ?» «¡ Oh padre amado !
Vuestra alma regocíjese á deseo,»
Dice el joven : « Bolívar ha vencido!
Ya llega á la ciudad ; oíd el ruído.»

XXVI

« Llévame á verlos, hijo : este consuelo
Goce después de tanta desventura ;
¡ Lleva, llévame pronto !» En hondo anhelo,
Dice el patriota ; y su mirar fulgura.
Estrada le conduce al sobre-suelo
Que domina, hacia el Norte, la llanura
No lejos la avanzada se veía.
¡ Cuánta del infeliz es la alegría !

XXVII

Forman, enfrente de él, los batallones.
El buen anciano conocer desea,
Uno á uno, á los bravos campeones.
«¿ Quién es aquél,» pregunta, « que espolea
Su alazán ?»—« Ése es Vargas, en Horcones
Vencedor ; inmutable en la pelea;
En Bárbula y Trincheras fué brillante ;
Noble soldado, intrépido y constante.»

XXVIII

—«¿Y aquel garzón, aun niño?»—«El valeroso
Córdoba, insigne joven, gran guerrero ;
En Yagual y Arichuma del coloso
Llamado Páez, digno compañero.
No conoce su espíritu el reposo.
' Mucho,' dice Bolívar, ' de él espero.'
—«¿Y el que sigue?»—«Aramendi, hábil soldado,
El vencedor en Chire denodado ;

XXIX

« Héroe de las Queseras. No se viera
Campeón más sufrido y arrogante;
Hidalgo corazón, vista certera,
Brazo de hierro, pecho de diamante.»
—« ¿ Aquél que vuelve acá la faz severa ? »
—« *El hombre justo y militar constante*,
Salom, espejo fiel de veteranos,
Enemigo tenaz de los tiranos.

XXX

« Es la historia viviente ese guerrero
De esta pujante lucha con España :
Vale por un ejército su acero,
Y sus proezas son una campaña.
El que sigue es Rondón, el gran lancero ;
A quien prestó la muerte su guadaña ;
Indomable jaguar de la llanura,
Pavoroso milagro de bravura.

XXXI

« Y sigue Carvajal, otro portento;
En Queseras y Vargas fiero Marte,
Héroe, como Rondón, de hazañas ciento:
De la Patria, esos dos, son balüarte.»
—«¿ Aquél que mira á la ciudad atento,
Y guía su corcel hacia esta parte ?
Al verle, el soplo de su ardor se siente;
Marcial talante, porte de valiente.»

XXXII

—«Reyes Patria, que goza ya de fama;
Ginete ducho, en las sorpresas fuerte;
Que, ardiendo en noble y generosa llama,
En vencer ó morir cifra su suerte.
Y Plaza, el otro, á quien Bolívar ama,
De Girardot amigo en vida y muerte,
Y Jefe, en Boyacá, del *Barcelona;*
Su presencia, no más, su arrojo abona.»

XXXIII

—«¿Aquél, de bello aspecto, que la espada
Apoya en el arzón?»—«Mamby, extranjero,
Pero que ama esta tierra desgraciada;
Noble amigo, cumplido caballero.
Mac-Guire está después, su camarada,
Irlandés, que á la América su acero,
Su entusiasmo y amor ha consagrado;
Joven apuesto, intrépido soldado.

XXXIV

«Sigue París, modesto ciudadano,
Que salvó de la muerte al gran Nariño;
Incorruptible y fiel republicano,
Alma virtuosa, corazón de armiño.»
—«¿El que monta un overo, y en la mano
Una corona lleva?»—«Desde niño,
Soldado fué; Berroterán se llama;
Alta ambición su férreo pecho inflama.

XXXV

« Y le sigue Briceño, en Tucupido,
En Carabobo, Bocachico, Arado,
Aragua, Maturín...siempre lucido ;
De cien jornadas héroe denodado.
Ibarra, el otro, amigo distinguido
De Bolívar, espléndido soldado ;
Glorioso en Niquitao y en Horcones,
Vigirima, Trincheras, Callejones.»...

XXXVI

—«¿ El otro ?»—« Larra, antiguo veterano,
Soldado de Miranda, de Cedeño
Compañero constante ; fué en el Llano
Amor y admiración del apureño.
Pérez Pagola, ilustre ciudadano,
Orgullo del Congreso caraqueño,
El otro ; de Bolívar grande amigo :
Siempre éste al lado llévale consigo.

XXXVII

« Sigue Obregón, el guerreador constante ;
Años once ha luchado sin reposo ;
Vencido ó vencedor, siempre adelante
Fué en su sendero largo y escabroso.
El otro, O' Leary, joven arrogante,
De Anzoátegui edecán ; tan valeroso
Como ilustrado, pasará á la historia,
Venerada y querida, su memoria.

XXVIII

« El noble Motezuma está á su lado ;
De Rivas, tiempo largo, compañero,
Y del León de Apure fiel soldado ;
Padeció, muchos años, prisionero.
Y sigue Heras, en Bárbula y Arado,
En Maturín y Araure, alto guerrero ;
En Vargas, con Rondón, su valentía
Rumbo marcóle á la feral porfía.

XXXIX

« Le acompaña Millán, santafereño ;
Soldado de Nariño ; en Calibío,
Juanambú y Palacé, con firme empeño
Hazañas consumó, lució su brío.
Habla con él Morán, de adusto ceño,
En desgracia ó en gloria, siempre frío ;
De Bolívar, há tiempo, siempre al lado,
Posición distinguida ha conquistado.

XL

« Y Freites, el que sigue ; en la campaña
De Margarita, lidiador ardiente :
De Aldama hurtado á la sangrienta saña,
Vino á Bolívar portentosamente.
Y Pallares, el otro, hijo de España,
Pero adicto á la causa independiente ;
Conmilitón antiguo del Caudillo ;
Fiero en batalla, y en la paz sencillo.»

XLI

Pero desfilan ya los batallones.
El pueblo hierve, de entusiasmo henchido.
Los nombres de los bravos campeones
Dice á su padre el joven al oído.
El anciano, tembloso de emociones,
Los contempla, anhelante, embebecido,
Cual si al vigor tornase de la vida
Y á los ardores de la edad florida.

XLII

Samper, y Almeida, y Sánchez y Carrillo,
Ustariz, y Vanegas y Molano,
Uscátegui, Benítez y Castillo,
Canales, Urra, Tapias y Troyano,
Montoya y Guerra (que probó el banquillo),
Muñoz, Manrique (gran republicano),
Yustes y Rasch, Posadas y Chinchilla,
Y Escalona, Gonell, D' Ocrós, Montilla...

XLIII

Y otros, y otros, desfilan del anciano
Ante los ojos : con el dedo apunta,
Llanto vertiendo de placer insano,
A los que pasan, y las manos junta.
Luégo, cogiendo al joven por la mano,
Le pregunta una cosa, y repregunta,
Sin aguardar á veces la respuesta :
Su tierno corazón está de fiesta.

XLIV

El Héroe pasa, Santander al lado.
«¡ Él es !» exclama, loco de alegría :
« Su rostro por los soles atezado ;
Envejecido en la tenaz porfía !
Yo le vi niño; inquieto y avispado
Como un diablillo. Entonces ¡ ay ! bullía,
En noble ardor, mi corazón, hoy muerto,
Estéril ya como glacial desierto !

XLV

« La tumba á su reposo me convida ;
Quedas tú, hijo ; y ciñes una espada ;
Le quedas á esta Patria tan querida,
Con lágrimas y sangre rescatada.
Demasiado he vivido ya esta vida,
De desengaños y dolor colmada :
Vi al Padre de mi Patria : ¡ oh Dios ! ahora
Puedes tomar esta alma pecadora !»

XLVI

Y de hinojos se postra, y balbuciente
Una plegaria férvida murmura ;
Y sus lágrimas ruedan suavemente
Y de su barba brillan en la albura.
Entra Amalia, y le abraza sonriente,
Y el patriarca la besa con ternura.
A poco, decaído y demacrado,
Yace en su lecho, y ella reza al lado.

CANTO DUODÉCIMO.

I

A San Diego de gente afluye un río,
A su Libertador de ver ansiosa ;
Apenas cabe el hervidor gentío,
Que en entusiasmo y en amor rebosa.
Tál las hormigas, en caliente estío,
Salen al sol en copia bulliciosa,
Y, como rojo, movedizo velo,
En torno cubren la extensión del suelo.

II

Y así, cuando abandona su colmena,
Y busca en otra parte alojamiento,
Un enjambre : la turba el prado llena,
Disputando lugar ; se oscura el viento ;
Sordo rumor al ámbito resuena ;
Y acuden las abejas en aumento,
Y afanosas se apiñan de contino
En revuelto, apretado remolino.

III

¡ Tiende á las plantas, Santafé, tu velo
De aquéllos que, merced de afán prolijo,
Vienen á ti, trayéndote consuelo;
Abre tu hogar de la victoria al hijo.
Cantos de bendición eleva al Cielo,—
El hosanna de eterno regocijo,
Que en unísono coro el aire hienda
Y al Dios de los ejércitos ascienda !

IV

¡ Tánto has llorado y padecido tánto !
Tu frente virginal la sangre aun baña ;
Aun vuelve el eco tu doliente planto :
¡ Cómo en ti la crueldad cebó su saña !
Regocíjate ya ; seca tu llanto ;
De tus heridas el humor restaña ;
Himnos entona, apresta mirto y flores,
Que ya vienen á ti tus salvadores.

V

De marchar el anuncio el clarín lanza ;
Truena el cañón, y se estremece el viento.
Corporaciones van (antigua usanza),
De la ciudad amparo y ornamento.
La hermosa juventud, flor y esperanza
Del porvenir, principia el movimiento,
Como en ella principia otro camino,
Otros rumbos la Patria, otro destino.

VI

Párte el Héroe, y al uno y otro lado,
Y Santander y Anzoátegui ; en seguida
Los ayudantes y el mayor estado,
Y la tropa, y de gentes la avenida.
En retumbante són y compasado
Rompen los atambores, y se anida
Del Ande en los breñales el rüído,
De cañada en cañada repetido.

VII

La ciudad embellecen á porfía ;
En el adorno cada cual se esmera ;
Saca el arte á lucir su gallardía,
El esplendor del lujo reverbera.
Así donosa virgen se atavía
A su fiesta nupcial : su cabellera
Fragancia espira ; su temprana frente
El gozo irradia que su pecho siente.

VIII

Ya aquí, ya allí, triple arco gallardea ;
El central á Bolívar se destina,
Bien como él solo fecundó la idea
De libertar la tierra granadina.
El pueblo en derredor remolinea,
De admiración colmado peregrina :
Tocar al Héroe cada cual procura,
O al menos ver de lejos su figura.

IX

A aquéste una sonrisa lisonjera
Regala, á aquél una expresión de agrado:
Tanto entusiasmo y gratitud sincera
Enternecen su pecho delicado.
Tender la mano á todos bien quisiera,
Que le aclaman, del uno al otro lado,
Padre y Libertador del patrio suelo,
Y le bendicen en ferviente anhelo.

X

La madre á su hijo eleva diligente,
Exhalando quizás tierno sollozo,
Y el niño al Héroe mira sonriente,
Cual si entendiera el público alborozo.
De súbito se ve—¡ dichosa gente !
De sus cadenas libre, y en su gozo
Duda tal vez, en su anhelante empeño,
Si aquello es realidad, ó sólo un sueño.

XI

Y van, presa de amargo desconsuelo,
De Bailén los gloriosos campeones,
Que devastaron de la Patria el suelo
Y desgarraron tantos corazones.
Do quiera asoman con su negro velo,
Las viudas de los ínclitos varones
Cuya sangre el cadalso todavía
Tiñe, que levantó la tiranía.

XII

Pero nadie una voz de injuria vierte,
Ni siquiera las mártires esposas,
Contra aquéllos que hundieron en la muerte
Tántas amadas víctimas preciosas.
Al odio la virtud fué siempre inerte ;
Fueron así las almas generosas :
Puesta en altos consuelos la esperanza,
En el perdón se cifra su venganza.

XIII

Después de recorrer larga carrera,
En la plaza central termina el viaje.
Anfiteatro espléndido allí espera,
Dispuesto de la Patria al homenaje.
Vense, en efigie, la Virtud austera ;
La Religión, que amparo da al salvaje ;
La Libertad, hermosa en su arrogancia,
Y la Ley, la Justicia, la Constancia...

XIV

Asciende el Héroe al puesto prominente,
Y á ambos lados sus dos conmilitones.
¡ Cuánta figura, aquí y allí, eminente !
¡ Cuántos ilustres, ínclitos varones !
El ejército, en alas, forma en frente ;
Colma el pueblo la plaza ; en los balcones
Reluce el esplendor. ¡ Qué compostura !
¡ Qué entusiasmo ! ¡ qué gozo ! ¡ qué ternura !

XV

Su carro el sol al Occidente inclina ;
Límpida esplende la azulada esfera ;
Sonríe amor la altiplanicie andina ;
Naturaleza aplaude lisonjera.
Alto silencio el ámbito domina :
La multitud sus ímpetus modera,
De sagrado respeto subyugada,
Que la rinde, la embarga, la anonada.

XVI

Rompe el silencio melodioso canto,—
Himno de gloria y paz. Vírgenes veinte,
En quienes brilla pudoroso encanto,
Vienen del Héroe á coronar la frente.
Son huérfanas de mártires : el llanto
Sus ojos humedece, y sonriente
El róseo labio la emoción exprime
Que su agitado corazón oprime.

XVII

¡ Bellas hijas del Funza ! hoy á porfía
Elevad vuestra dulce cantilena :
Libertad el Señor hoy nos envía,
Excelso dón que el ánimo enajena ;
Hoy amanece de la Patria el día !
Ya no hay temer la pérfida cadena
Que á la mujer degrada : digno el hombre,
Digna es aquélla á quien le da su nombre.

XVIII

Suena una voz meliflua y delicada:
« Este es el día de ventura y gloria;
Hoy enjuga sus lágrimas Granada
Y acalla de sus penas la memoria.
No más sangre y horror ! ceda su grada
El cadalso al altar de la victoria,
Que hurtará vuestro nombre esclarecido
A las voraces garras del olvido.

XIX

« En lucha con la fiera tiranía,
Vuestro genio del fango nos levanta,
Y de la adusta servidumbre impía
Vuestro acero los vínculos quebranta.
Os tributa su amor la Patria mía ;
Vuestro nombre inmortal gozosa canta,
Y en prenda de su aplauso soberano,
Esta corona os ciñe por mi mano.»

XX

Y en su frente la pone en el momento.
Voz de gloria resuena, y se estremece
Del clamor general, en torno, el viento :
Dulce pasmo las almas enloquece.
Mas de pronto se quieta el movimiento ;
La multitud de súbito enmudece :
De pie el Héroe, atención su mano impera,
Y absorto el pueblo su palabra espera.

XXI

Su aguda voz domina los postreros
Ambitos : « Granadinos, á mí nada,
Nada á mí me debéis : á estos guerreros
Lo debéis todo, á su virtud preciada :
La victoria obra fué de sus aceros.
A ellos retorno esta ovación sagrada,
Prenda de amor y de nobleza suma,
Que en honda gratitud mi pecho abruma.

XXII

« Ser libres merecéis, americanos ;
Sabed ser libres : vuestro hermoso suelo
De su riqueza os abre los arcanos ;
La Libertad os busca, dón del Cielo.
Sed en la dicha y en la paz hermanos
Cual lo habéis sido en el amargo duelo ;
¡ Sea uno el sentimiento y uno el rito
De la alma Patria en el altar bendito !

XXIII

«¿ Quiere un pueblo ser libre ? viva unido :
No otorgará la Libertad sus dones
Sino cuando la Paz haya tendido
Su arco de luz, que enlaza corazones.
Si manchareis en sangre el patrio nido,
De menos echaréis viejos baldones,
Como, de Arabia en el erial, proscripto,
El hebreo los hierros del Egipto.

XXIV

« Hemos nosotros sido el instrumento
Del Dios de la justicia : vuestras manos
Alzad á ÉL, y vuestro ardiente acento.
ÉL castigó de muerte á los tiranos,
Como, haciéndolos blanco al escarmiento,
A los pueblos castiga cuando, insanos,
Se acogen á la red de la anarquía,
Peor, peor que infanda tiranía.

XXV

« Muy más difícil que segar laureles
Es saberlos honrar ; más que soldados,
Ser á la ley y á la justicia fieles ;
Más que librar combates denodados,
Para el bien educar pueblos noveles.
Vuestros derechos custodiad sagrados ;
Bendigamos de Dios el beneficio,
¡ Démosle el corazón en sacrificio !»

XXVI

Calla el Caudillo. El pueblo aun oye atento.
La música derrama su armonía,
Que alza á región de amor el sentimiento
Y el alma embriaga en férvida alegría.
Un grito universal agita el viento,
Y al Cielo sube cual plegaria pía ;
Ebrio de gozo el pueblo vitorea :
«¡ Gloria al Libertador ! ¡ bendito sea !»

XXVII

Al templo se encamina, en ola hirviente,
La multitud. Del Iris los colores
Decoran el altar ; nutre el ambiente
El perfumado aliento de las flores.
¡ Espectáculo espléndido, imponente !
Un pueblo todo, en férvidos clamores,
Ante el Señor su gratitud expresa,
Y en dulces esperanzas se embelesa.

XXVIII

La orquesta exhala angelical dulzura,
Y cien voces, en célico concento,
Un himno elevan lleno de ternura,
Que inspira divinal recogimiento.
Tristes recuerdos colman de amargura
Almas que evocan horas de tormento,
Cuando al pie del cadalso ensangrentado...
¡ Siempre el dolor con el placer mezclado !

XXIX

Un noble anciano, de figura augusta,
Austero apóstol, nuevo anacoreta,—
Margallo,—deja oír su voz robusta,
Que esperanzas sublimes interpreta.
La palabra de paz de esa alma justa
Desciende, como el canto del profeta,
Del Cielo, á fecundar los corazones,
Y despierta inefables emociones.

XXX

«Su nombre,»—así concluye el santo anciano,—
« Su nombre vivirá, dulce y querido,
Hasta que el vasto mundo americano
Doble su frente en el eterno olvido.»
Calla : el silencio sucedió al cristiano
Acento del apóstol, y el oído
Halaga aún aquella voz sublime
Que fe, y amor y paz á el alma imprime.

XXXI

Y entonce (es fama) el templo se estremece,
Como la selva cuando vibra el viento ;
El espanto los labios enmudece,
Mezclado de interior recogimiento.
Lampo fugaz de lumbre resplandece,
Y en las bóvedas suena, en vago acento:
« ¡ El nombre vivirá del gran Soldado,
Más grande, cada siglo, y más amado !»

ODA A LA PAZ

BOGOTA

IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS

1885

ODA A LA PAZ.

¡ Salve, fecunda Paz, que al pecho amante
De ti, le otorgas beneficios santos,
Y le enseñas tus célicos encantos,
Dulces como la brisa susurrante !
¡ Salve, oh diosa que el alma
Serenas del mortal, atormentada
De rudas tempestades, como cuando
La generosa faz del sol ahuyenta
La nube henchida de feroz tormenta
Que en el florido campo,
Amor de inofensivos labradores,
Descarga su mortífera metralla
Que en un punto deshace sus labores !
Tu dulce faz sonríe placentera ;
No desvías los ojos del lejano
Horizonte del tiempo, siempre en busca
Del bien y la ventura del humano.

De tu manto á la sombra protectora
El labrador arroja la simiente
De la tierra en el seno ;
Y el alma pensadora
La verdad investiga, de la mente
Sustancia y lumbre ; el industrial cultiva
El arte, de la vida blando halago,
Que el corazón encanta ;
Y el dulce bardo canta
Las bondades de Dios, y de Natura
Magnifíca la espléndida hermosura ;
Y el sencillo creyente eleva al Cielo
Su plegaria de amor, ferviente y pura.

Tuya es la dicha del hogar tranquilo
En que el amor regala
Sus tímidas caricias,
Y la virtud abriga bajo su ala
De la ternura el misterioso asilo.
Tuyo también el generoso anhelo
De la florida juventud que busca
En la historia el secreto del futuro,
En la ciencia la savia de la mente,
De la vida el consuelo
En la noble labor del pensamiento
Y en la grata fruición del sentimiento.
Tuyo el potente impulso
Que arrebata la nave vencedora
Del fiero mar, y la ferrada fábrica
Que distancias suprime voladora.
Tuyo el vertiginoso movimiento
De la ciudad que lucha en la tarea
De la existencia, de la noche al día,
Cual las abejas que en tesón trabajan
Con amor, obediencia y armonía.

Si el hombre lo que vales comprendiese !
Si gustara tu néctar delicioso.!
Si al calor de tu seno se acogiese !
Si amara tu santuario y tu reposo !.....

¿ Por qué funesta ceguedad él funda
Su deleite en el mal de sus hermanos,
Y en arrasar las obras de sus manos,
Y el que le dió el Señor fecundo suelo
En inundar en sangre, y el santuario
Manchar de la creación en torpe anhelo ?
¿ Y por qué la sustancia que las rocas
Abrir debiera y horadar montañas,
Sólo en sus manos sirve á apagar vidas
Y á desolar hogares
Y á consumar terríficas hazañas ?

¿ Y será que jamás brille en Colombia
De tu faz el fulgor, benigna diosa,
Amiga del mortal ? Mi fe presiente
El ruído de tu paso, y jubilosa
Mi esperanza te avista
Alzar al cielo la serena frente.
De tanto acerbo mal ya, ya te apiadas,
Y tiendes ya tu manto
A restañar la sangre
De heridas no cerradas
Y á enjugar de la Patria el tibio llanto.
No te detengas : apresura el paso,
Que mucho necesita tu presencia
Esta inocente tierra desolada,
Erizada de huesos insepultos
Y en sangre de valientes inundada.
Ay ! sin ti, más valiera
El bordón empuñar del mendicante,
E ir á tierra extranjera,
Y en ruego suplicante
Pedir hogar y humilde sepultura !

Cuán generosos dones, qué hermosura
La de este fértil suelo
Que á Dios le plugo darnos por morada !
Eterna primavera
Nos sonríe, de flores coronada,
Y el almo sol jamás nos abandona

Cual si aspirar quisiera
El punzante perfume de su zona.
Cuantos puede soñar la fantasía
En sus senos encierra
Ricos tesoros esta hermosa tierra,
Que al hombre se le brindan á porfía.
Encela maravillas la montaña
Que aguardan el esfuerzo de la ciencia
Y del brazo el empuje poderoso.
¡ Vamos, dadas las manos y enlazados
En fraternal abrazo, á la batalla
Del progreso, á la lucha con Natura,
Tan bella, tan donosa, tan mimada
Como una virgen en sus dulces nupcias,
Como el sueño de una alma enamorada !

No oís ? no oís ?.... allí no más resuena
A los golpes del hacha taladora
Del hijo del Sajón, la selva umbría ;
Allí el vapor agita su melena,
Y á su empuje la tierra se estremece,
Y humilla el mar su espalda tembladora
Bajo el bajel que intrépido aparece
De riquezas cargado,
Y no de bronce destructor. La idea
En pujantes cerebros centellea
Y lanza su fulgor á todo viento ;
De la tierra el mortal se enseñorea,
Dócil ante el poder del pensamiento ;
La Paz bendice el productor trabajo,
De opimas mieses cubre la pradera,
Ciudades improvisa en los desiertos
Y abre de la áurea edad la fértil éra.

No oís ? no oís ?.... allí no más el hijo
De la Galia ancha senda abre á los mares,
Su ojo en el seno del futuro fijo...
Mi ansiosa fantasía
Contempla absorta el no lejano día
Que en fraternal abrazo se confundan

Uno y otro Oceano,
Y su acento concierten soberano,—
A la aurora del Bien digno saludo,
Pujante cual la voz cuya eficacia
El caos fecundar y alumbrar pudo.
Ya de todas las zonas de la tierra
Acuden las naciones á la cita
Universal: sus lenguas se entremezclan
Como en la torre de Babel; al viento
Innúmeras banderas gallardean
En blando movimiento,
Y de Colombia el Iris
Alza entre todas la gloriosa frente;
Y Levante y Poniente
Y el Sur y el Septentrión se dan la mano
En el bullente seno de Oceano.

Oh! gloria á ti, Señor de tierra y cielo!
¡Que en rendida plegaria cante el hombre
En hosanna inmortal tu sacro nombre!
¡Suban á ti magníficos loores,
A ti, que á una palabra, á un mero amago,
Vences del mar los hórridos furores!.....

El Ponto quiso en vano
Apartar uno y otro Continente:
Lanzó el mortal sus embreados pinos
Al férvido Oceano,
Y humilló su furor, rindió su frente.
—Oh! si el revuelto mar también venciera
De sus propias pasiones, y sus iras
A estrecha sujeción también rindiera!.....—
Y en vano Ande levanta
Su nívea sien al cielo,
Y de un polo á otro polo se adelanta:
El osado mortal ya lo quebranta;
Y de los mares las mugientes ondas
Vuelan á unirse en hervoroso anhelo.

Cuánta desolación, oh Patria mía,
Descubre el ojo en tu sagrado seno!
Rugió tormenta impía;
Sonó el cañón su tremebundo trueno;
Su cuchilla sangrienta,
En iras palpitando, alzó la muerte,
Siempre de sangre y lágrimas sedienta.
Cuántos hogares yacen apagados,
Nidos ayer de amores y alegría,
Al rudo soplo de la tumba fría!
Y exterminio y rüinas miro sólo
Allí do ayer la vida
Palpitaba de gozo estremecida.
Lúgubre el eco vuelve tus gemidos,
Oh Patria infortunada, como cuando
Por las sinuosidades de un sepulcro
Gime la brisa adioses murmurando.
¿Quién te asestó tan formidable golpe?
Quién exprimió tu llanto
Y destrenzó tu undosa cabellera?
Quién desgarró tu manto
Y holló tu faz severa?.....

Nuestras quejas lancemos al olvido;
De la Patria las lágrimas velemos,
Y acallemos su fúnebre gemido;
El rencor en sus ruínas sepultemos.
Enturbió nuestra mente la locura:
A la Verdad tornemos!
¿Qué herencia, qué esperanza
A vuestros hijos les legáis? ¿el odio
Será su patrimonio, y la tarea,
Que no acaba jamás, de la venganza?

No así admiraron á Colombia un día
Sus ínclitos varones.
Hermosa y arrogante, altiva, erguía
La frente ornada en bélicos pendones.
Vaga en sus labios virginal sonrisa;
Radiante de embeleso,

Al porvenir enclava su mirada;
Ciñe á su sien el casco del guerrero;
Su mano empuña el triunfador acero.....
Pero volad, volad, gratos recuerdos
De antiguas glorias! ecos del pasado,
Enmudeced! .....
Miremos adelante:
Los restos del naufragio haced á un lado.
Huellas profundas de deshonra y duelo
Viejos odios marcaron,
Y de la Patria el velo
Pasiones desbordadas desgarraron.
Miremos adelante: el edificio
Reconstruyamos de la Patria: lleve
Cada cual su tributo en beneficio
De la común labor. Llevad cordura,
Y amor y patriotismo y fe sincera:
La fe prodigios consumó do quiera.

Y confiemos en Dios! ¿No es ÉL quien saca
De la muerte la vida,
De las tinieblas luz, del mal los bienes?
¿No es el Padre piadoso
Que le ofrece benéfica acogida
Al hijo arrepentido que en su duelo
Torna en busca de amor, luz y consuelo?

Adelante! Con fe, con esperanza
Volemos de la Patria á los altares.
¿A qué desesperar, si la justicia
Cumple siempre su ley, si la bonanza
Sigue de la tormenta á los azares,
Como tras noche oscura
El sol por el Oriente
Muestra al orbe su faz radiante y pura?

Oh tú, Señor, que ves nuestras desdichas
Y sabes nuestras penas, y castigas
Para curar el mal, oye mi ruego:
Compadécete ya de nuestra suerte;

Dános Bien y Verdad; tiende la mano
Sobre este suelo que la aciaga muerte
Taló en odio brutal, furor insano;
Dános de Paz el fecundante riego.
Bastante hemos gemido:
Enjuga ya nuestro copioso llanto;
Bastante hemos sufrido:
Calma nuestro dolor y hondo quebranto.
Oh! dános Paz! no tiemble más la esposa;
No tiemble más la madre cariñosa
Al estrechar á su hijo contra el seno,
En su amor inmortal embelesada!
Ah! que el hierro homicida
Se convierta en la azada
Que abre las anchas fuentes de la vida;
Que del cañón el pavoroso trueno
No turbe más de la labor campestre
La dulce calma, el bienestar sereno!

Eres piedad y amor; eres la fuente
Del Bien y la Verdad, y te complaces
En mostrar tu bondad indeficiente.
Por ti del hombre la anhelosa mente
Bebe en los manantiales de la idea;
Por ti nacen y crecen las naciones;
Por ti arden en amor los corazones;
Por ti el alma en tus dones se recrea.
¡ Dános luz de verdad aunque rehuses
El brillo tentador de la riqueza;
Dános Paz, dános Paz aunque nos niegues
De Marte el lauro y su triunfal grandeza!

Bogotá, Septiembre de 1885.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
8179
A6S3

Alvarez, Henrique
Santafé redimida

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 04 07 14 015 2